ALEJANDRO P. MARISTANY

659

El ángel rebelde

COMEDIA

en tres actos y en prosa

Copyright, by Alejandro P. Maristany, 1916

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1916

EL ANGEL REBELDE

COMEDIA

en tres actos y en prosa

DE

ALEJANDRO P. MARISTANY

Estrenada en el TEATRO ROMEA de Barcelona, por la compañía Plana-Llano, la noche del 12 de Enero de 1916

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, NÚMERO 551

1916

A mis padres,

con verdadero cariño,

Alejandro.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLARA	Antonia Plana.
GLORIA PEÑAFIEL	María F. Roxala.
ROSARITO	Concepción Banquer.
LA BARONESA	María Brú.
UNA DONCELLA	Milagros Aliacar.
EL MARQUÉS	Luis de Llano.
GONZALO HERRERA	Pedro González.
RICARDO TOMILLARES	Emilio Díaz.
ENRIQUE ALBORNOZ	Nicolás Navarro.
EL BARÓN	Pascual Sánchez Bort.
DON FAUSTINO PACHECO	José Rausell.
UN CRIADO	José Ruste.
OTRO CRIADO	Rafael Sánchez París.

Primero y tercer acto en Madrid; segundo en San Sebastián.
Epoca actual

ACTO PRIMERO

Gabinete muy elegante en casa de Gonzalo Herrera. Un mirador en el foro por el cual se ven los árboles de la Castellana y los hoteles vecinos. Puerta a derecha e izquierda.

ESCENA PRIMERA

La BARONESA, un CRIADO y a poco GLORIA PEÑAFIEL. Entra el Criado, quedándose junto a la puerta derecha. La Baronesa viene detrás

Criado Pase usted, señora Baronesa.

Bar. ¿Dónde está mi sobrina?

Criado En su boudoir, señora Baronesa. Voy a...

Bar. Aguarde usted. ¿Dónde está mi sobrino?

Criado En la biblioteca, señora Baronesa. (Aparece en la puerta de la derecha Gloria Peñafiel. Es una hermosa viuda de treinta años.)

Bar. Bien, pues avise usted a la señora.

Gloria Anuncie usted también que estoy aquí. (Vase el Criado por la izquierda.)

Bar. (Saludando.) ¿Cómo está usted, Gloria?

Gloria Bien; ¿y usted, Baronesa? Acabo de recibir una cartita de Clara rogándome que venga esta tarde.

Bar. Lo mismo me dice a mí, y añade que se trata de un asunto gravísimo.

Gloria Exactamente. Ha descubierto que Gonzalo la engaña y quiere separarse a toda costa.

670255

Bar. ¡Figúrese usted mi sorpresa al recibir su carta! ¡Se querían tanto!... Era aparentemente un matrimonio modelo.

Gloria ¡Sí; hubiera jurado que eran muy felices!

Bar. Usted es su amiga más íntima y espero que me ayudará usted a convencerla de que antes de tomar resolución tan extrema, debe meditarlo mucho y evitar un escándalo.

Gloria Haré de mi parte cuanto pueda. ¿Quién fuera capaz de aconsejar lo contrario? ¿Pero conoce usted algún detalle?...

Bar. Ninguno. Si le digo a usted que para mí ha sido una verdadera sorpresa, y no me explico cómo Gonzalo, que es un hombre correctísimo, serio, poco amigo de diversiones, amante de su mujer, ha podido... Me figuro que será esto una nube de verano.

Gloria Así lo deseo. Los dos son dignos de suerte.

Bar. Cuando la falta es del marido suele arreglarse fácilmente.

ESCENA II

DICHAS y CLARA

Entra por la izquierda y besa y abraza a Gloria y a la Baronesa. Es una mujer de veintisiete a veintiocho años, muy hermosa, elegante y distinguida. Su hablar es cariñoso aun cuando está incomodada

Clara ¿Qué tal, tía Amalia? ¡Hola, Gloria! Hija mía, perdona que te haya molestado...

Gloria ¡Quita, por Dios, no faltaba más!

Clara (A la Baronesa.) Y usted perdóneme también, pero a ustedes como a nadie puedo confiar mis penas.

Bar. ¡Sí, hija, sí, habla!

Gloria Sí, sí, cuanto podamos hacer por ti... ¿Qué te ocurre?

Clara Siéntense ustedes. (Entrega a Gloria un pliego de cartas que traía en la mano.) Aquí tienes las pruebas de su traición: léelas. Las hallé anoche en un cajón de su escritorio. Esto te explicará la actitud que he resuelto tomar. Luego me dirás... (Gloria lee algo distante algunas cartas. La Baronesa y Clara siguen conversando.)

Bar. ¡Pobre hija mía! ¡Qué lástima que haya ocurrido este contratiempo! ¡Tan felices como érais!...

Clara ¡Hasta ahora mucho!

Bar. ¡Es una desgracia!...

Clara No me compadezca usted, que pronto no seré digna de lástima.

Bar. ¿Qué quieres decir?

Clara Pienso imitar la conducta de mi marido. Quiero pagar con la misma moneda. Se lo anuncié cuando nos casamos y se lo he recordado constantemente para que no lo echara en olvido. (La Baronesa sonríe.) No se ría usted que todo esto es muy serio.

Bar. Mira, hija mía, estas cosas se dicen en los primeros momentos. Todas decimos lo mismo, pero entra luego la reflexión y obramos de distinta manera. No creas que este es un nuevo caso del que no hay experiencia. Es como todos, y la solución final suele ser siempre satisfactoria.

Clara Se equivoca usted, tía.

Bar. ¡No me equivoco! Tu marido ha obrado sin duda con ligereza.

Clara (Irónica.) ¡Con ligereza!

Bar. Impremeditadamente.

Clara (Irónica también.) ¡Impremeditadamente!

Bar. Tengo la seguridad de que no se ha dado cuenta del alcance de su imprudencia.

Clara ¡Imprudencia!

Bar. Llamémosle como quieras, pero hazte cargo de que los hombres no son como nosotras en asuntos de amor. Tienen mayor libertad y por lo mismo más peligro. Se dejan arrastrar...

Clara Todo eso está muy bien. Supongamos que no ha podido o no ha sabido evitar el peligro.

Bar. Supones lo probable.

Clara Pues bien, voy a obrar con ligereza, con impremeditación, sin darme cuenta del alcance de mi imprudencia y es fácil que tampoco sepa evitar el peligro.

Bar. Estás excitada, nerviosa, y no sabes lo que dices.

Clara Se equivoca usted, estoy lo más tranquila

que las circunstancias me permiten y convencidísima de lo que debo hacer.

Bar. Convencida ahora, pero variarás.

Clara ¡Imposible! ¡Imposible!

Bar. Tu marido se arrepentirá...

Clara ¡Si está arrepentido!

Bar. ¿Lo ves?

(Gloria con un gesto de resignación le devuelve las cartas.)

Clara Antes de faltar debió arrepentirse: de sobra me conoce. ¡Era tema frecuente en nuestras conversaciones y mi amenaza fué siempre la misma! (Entrega las cartas a la Baronesa.) Lea usted. (A Gloria.) ¿Qué te ha parecido?

Gloria ¡Que es una lástima!

Clara ¡Ya lo creo que lo es!

Gloria Comprendo tu desesperación al encontrarlas, comprendo la gravedad del caso; mi marido me quiso mucho y no me engañó nunca, que yo sepa, pero te aseguro que si...

Clara ¡Vivísteis pocos años juntos!

Gloria ¡Esta fué mi desgracia! ¡De ocurrirme, yo no sé cómo lo hubiera tomado!

Clara Como yo, porque le querías mucho.

Gloria Muchísimo. Pero debes reflexionar; esas cosas no pueden resolverse en un pronto.

Clara Si lo tenía resuelto desde que nos casamos: estaba previsto por si llegaba el caso.

Gloria Recuerda lo ocurrido a Lolita Torres, ya ves...

Clara Eso, eso es precisamente lo que quiero evitar. No quiero que todo Madrid diga: «¡Pobre Clara Herrera; pobrecita, qué desgraciada!» Le tengo horror, y te juro que no lo dirán. Prefiero que digan... «¡Pobre Gonzalo Herrera, cómo le engaña su mujer!»

Gloria ¡Por Dios, hija, no digas tonterías! Créeme, no te precipites, que no urge tomar una determinación.

Clara Claro que no voy a echarme a la calle en busca de un amante o anunciarlo en los periódicos.

Gloria Lo supongo.

Clara ¿Puedo consentir que saliendo de los brazos de otra mujer se eche en los míos? ¡Nunca, Gloria, nunca!

Gloria Sí, si lo comprendo, si no ha de ser agradable, pero yo aguardaría...

Clara ¿A que me engañe con otra? La resolución está tomada. Saldremos juntas de esta casa para ir a la tuya hasta que trace mi plan. Digo, si es que me admites.

Gloria Vamos, no es posible...

Clara (Rápido.) No pongas inconvenientes.

Gloria Yo encantada, de que vayas conmigo. Tú sabes que tengo mi proyecto de pasar un par de meses entre París y Londres, aprovechando los de Mayo y Junio.

Clara Sí, y me dijiste que debía acompañarte Carmen Montero...

Gloria Ya no; se casa.

Clara Entonces iré contigo.

Gloria ¡Me encanta la idea!

Clara ¡Cómo envidio tu independencia!

Bar. (Devolviendo las cartas.) ¡La historia eterna! ¡La historia eterna!

Clara ¿Las ha leído usted?

Bar. He leído algunas.

Clara ¿Y qué es lo que me aconseja usted ahora?

Bar. Lo que te aconsejé antes de leerlas: calma. Yo tendría una entrevista con él, y puesto que está arrepentido, le pondría mala cara durante quince días, un mes, y luego... no volvería a hablar del asunto.

Clara (Irónica.) ¿Eso haría usted, verdad? Se dice, pero no se hace.

Bar. Te digo que lo haría.

Clara Lo veríamos. No es lo mismo aconsejar que seguir consejos de los demás.

Bar. (A Gloria.) ¿Y usted qué le aconseja?

Gloria Le echaría en cara su traición y, arrepentido como está, procuraría presentarme ante sus ojos más interesante que nunca; me pondría mis mejores joyas, mis toilettes más lujosas; le obsequiaría todas las noches con platos nuevos y escogidos, pero conservando siempre mi dignidad, alejándome de él y procurando que volviera a mí, enamorado nuevamente, a solicitar el perdón que acabaría por otorgarle bajo promesa de no reincidir.

Clara (Irónica.) ¡Magnífico! ¡Y esto es lo que tú me

aconsejas! ¡Mujeres así echan a perder a los hombres! Saben que ceden y perdonan, por esto les cuesta poco faltar. Pero no pertenezco yo a esa mayoría.

Bar. Vamos, tú quieres empezar la regeneración del marido y pierdes el tiempo.

ESCENA III

DICHAS, el MARQUÉS y un CRIADO

Criado (Anunciando.) El señor Marqués. (Entra el Marqués, hombre de cincuenta años, bien conservado, simpático, bonachón, distinguidísimo, vistiendo algo a lo pollo.)

Marqués (Afectuoso.) Querida sobrina... ¿Cómo le va, Baronesa?... Gloria, usted... usted siempre tan guapa.

Gloria Y usted siempre tan galante.

Marqués ¿Qué es lo que discuten tres damas en esta casa? (Callan las tres.) ¿Misterios... femeninos?

Clara Puede usted hablar claro, tío Alberto, que están enteradas de todo como usted.

Marqués En este caso tengo la seguridad de que opinan como yo.

Bar. La he aconsejado como lo hiciera con una hija mía.

Gloria Y yo lo mismo.

Clara Sí; que me tranquilice, que perdone y que olvide. ¡Qué fácil es aconsejar sin ser parte interesada!

Marqués Son los únicos que miran los asuntos desapasionadamente y suelen llevar razón. (Gloria y la Baronesa hablan aparte.)

Clara ¡Cómo se conoce que a usted no le han engañado nunca!

Marqués Será quizá porque no me he casado. De todos modos no te faltará mi consejo.

Clara Si no lo pido.

Marqués Entonces hallarás en mí, afecto, simpatía, compasión.

Clara ¡No quiero que me compadezca usted!

Marqués Pues, hija, tú dirás qué es lo que quieres; ¿y a qué me has llamado?

Clara Le he llamado a usted para que me indique un camino para vengarme sin...

Marqués ¿Sin quedar deshonrada ante el mundo, sin que tus muchas relaciones te borren de la lista de sus visitas? Mira, eso va a ser muy difícil, dificilísimo. No quieras tú saber lo que iba a ganarse quien inventara el modo de faltar a los deberes matrimoniales sin incurrir en ninguna de sus innumerables consecuencias. (Con afecto.) No divaguemos, Clara.

Clara Si no divago, tío. Hace tiempo que tenía pensado lo que debía hacer si llegaba este caso. Ya estamos en él y no he podido evitarlo.

Marqués Creo, Baronesa, que lo mejor es que me permitan ustedes hablar un ratito a solas con Clara.

Bar. ¿Quiere usted que veamos a Gonzalo?

Marqués Es mejor que también lo dejen ustedes para mí.

Bar. Pues en este caso vuelvo a mi casa en busca de mi marido, que ha pasado quince días en nuestras propiedades y debe de haber llegado. Le enteraré de todo. (Se dirige a la derecha. Gloria la sigue.)

Gloria Yo también voy...

Clara ¡Gloria!

Gloria (Deteniéndose.) ¡Querida mía!

Clara No olvides que iré contigo.

Gloria No lo olvido. Oye los consejos de tu tío, y entretanto voy a casa a mandar que te dispongan habitación. Tengo abajo mi auto y dentro de media hora volveré a buscarte, si no has mudado de pensamiento.

Bar. Hasta ahora.

Gloria Hasta después.

(Vanse la Baronesa y Gloria.)

ESCENA IV

El MARQUÉS y CLARA, más tarde, un CRIADO

Marqués (Con cariño.) Cuéntame todo lo ocurrido, que aquí estoy yo para consolarte como siempre en tus amarguras.

Clara ¡Por qué, por qué dejó usted que me casara!

Marqués (Sorprendido) En primer lugar, porque... tampoco hubieras hecho ningún caso de mis protestas.

Clara Se equivoca usted.

Marqués Puede ser, pero creo que no. En segundo lugar, porque no hubieras seguido mis consejos.

Clara ¡Si me hubiera usted pintado con vivos colores lo que es el matrimonio!

Marqués Las cosas no tienen color nunca. Cada uno las ve de uno distinto!

Clara ¡Qué tontería tan grande eso del matrimonio!

Marqués ¿Cuando sale mal?

Clara ¡Siempre! ¡Dura tan poco la felicidad... y el lazo es eterno!

Marqués Puedo asegurarte que el matrimonio es una institución perfecta. Los imperfectos somos nosotros, hombres y mujeres. Es como un buque mandado por un mal piloto.

Clara Ustedes lo han pervertido.

Marqués Supongo que a mí me corresponderá una pequeñísima parte. No olvides que eres una mujer perfecta.

Clara No pretendo serlo.

Marqués Que tu marido es un hombre perfecto.

Clara ¿Mi marido?

Marqués Hija, repito tus palabras anteriores al matrimonio. Para ti no había hombre mejor en el mundo. ¿Era una mosca blanca y ahora resulta un abejorro? ¡Pues paciencia, qué le vamos a hacer! ¿A quién vas a echarle la culpa? Tú lo escogiste...

Clara ¡Qué error!

Marqués ¿Has descubierto luego sus defectos, verdad?

Clara ¡Sí, señor!

Marqués ¿Pues si tú no supiste verlos entonces y te casaste con él enamoradísima, crees que mis advertencias hubieran servido de algo? Te hubieras molestado, hubiéramos reñido, y el resultado final el mismo.

Clara Quizá no me hubiera casado con él.

Marqués ¿Que no? Pues como los demás hombres

tienen los mismos defectos o peores, hubiéras tenido que quedarte soltera forzosamente, y no quisiera oirte en estos momentos, si llega a ocurrir tal cosa por mi culpa. Y lo gracioso es que tú me echas en cara el que te hubiera permitido casarte, y tu hermanita, está furiosa porque le ha salido un títere que la hace el amor y la aconsejo que espere.

Clara Sí, le ha escrito que vaya hoy mismo a hablar con usted. Sabe lo ocurrido entre Gonzálo y yo, y que me marcho, por lo tanto no puedo llevármela a ella, ni puede quedar aquí.

Marqués ¿De modo que tú, muy frescamente, vuelves a depositarla en mi casa?

Clara Ella quiere casarse cuanto antes.

Marqués Pero si ese Tomillares es un muchacho que no tiene posición, ni talento...

Clara ¡Por Dios, no se lo diga usted a ella!

Marqués Pienso decírselo. Y tú reflexiona y no seas loca. ¿Has oído ya la defensa de tu marido?

Clara Sí, y no me ha convencido.

Marqués ¿Te has mostrado dura con él?

Clara Nada para lo que merece.

Marqués ¿Está arrepentido?

Clara No lo que debiera.

Marqués ¿Pero lo está? Bien, pues ahora vas a oirle en mi presencia.

Clara No pienso volverle a ver.

Marqués Hija mía, si decides abandonarle, aunque la separación sea interina... (Toca el timbre.)

Clara Definitiva.

Marqués Como sea, pero deja que oiga a los dos. (Aparece un Criado.) Dile al señorito que deseo hablarle.

(Vase el criado.)

Clara Es inútil.

Marqués Hay que oir a la defensa después de la acusación.

Clara Si le he oído ya.

Marqués Quizá hay algo que no te ha dicho.

Clara Habrá tenido tiempo de inventar nuevas excusas.

Marqués O estará más arrepentido.

Clara ¿Y si lo estuviera, qué?

Marqués Le perdonarías.

Clara ¡Nunca! ¿A qué insistir?

Marqués Pero, mujer, si tendrás que acabar al fin por perdonerle, ¿por qué no lo haces desde luego y evitas así palabras y molestias?

Clara No lo haré, hasta tanto que tenga él también algo que perdonar.

ESCENA V

DICHOS y GONZALO. Entra Gonzalo por la izquierda. Tiene treinta y cinco años

Gonz. Me ha dicho Ramón que...

Marqués Sí. Querido Gonzalo, me he enterado de lo ocurrido, que es realmente desagradable, y no encuentro palabras con qué afear tu conducta. Cuanto ha dicho o ha hecho Clara, merece por entero mi aprobación. No puedo aconsejarla que te perdone y será para ti un gran triunfo si lo logras. Deseaba oirte, conocer los motivos que te han impulsado... en una palabra, te ruego que expliques la razón de tu proceder.

Gonz. He cometido una tontería, una locura, que la verdad, tío, no supe evitar. Luego me he arrepentido, pero no puedo borrar el pasado.

Clara Se ha arrepentido después de encontrar las cartas y descubrir su traición. ¡Qué lástima, pobrecito!

Marqués ¿Y ese arrepentimiento es sincero?

Gonz. Se lo aseguro a usted.

Clara Que me dé una razón de su conducta.

Gonz. Ninguna.

Clara Pues tampoco la tengo yo para perdonar.

Marqués Mujer... Vamos a ver, Gonzalo, expliquémonos.

Clara (Nerviosa.) ¿Le era acaso desagradable mi compañía? ¿Tengo mal genio? ¿Me ha sorprendido algún *flirt?* ¿Le ha faltado buen servicio, buena mesa?... ¿No he estado cariñosa, amable, condescendiente con él? (Gonzalo calla.) ¡Lo ve usted, ni palabras encuen-

tra para defenderse! Se lo he dicho a usted, mi resolución es irrevocable.

Marqués Explícate, Gonzalo.

Gonz. Realmente, reconocida mi culpa... no sé qué decir.

Clara ¿Se convence usted?

Marqués No salgo de mi asombro. ¿No encuentras defensa?

Gonz. Usted no se ha casado, tío, por lo tanto ignora usted un sin fin de cosas que existen en el matrimonio. La vida de casado es muy hermosa, sí, señor, pero... aun los que viven felices, sueñan con una poesía que no existe.

Clara (Con ironía.) ¡Que no existe! ¿Y que se busca, verdad? (Resuelta.) El la busca: yo también la buscaré.

Marqués Me sorprende tu conducta para con una esposa que te ha querido tanto. No la encuentro lógica ni correcta. ¿Por qué no tratas de reparar tu falta?

Gonz. La he ofrecido alquilar un hotelito en Niza, en Cannes o en Biarritz, donde ella quiera, e instalarnos allí dos o tres meses, un año si es preciso. No quiere.

Clara ¡Sí, para conocer nueva poesía... francesa!

Gonz. He prometido ser en lo sucesivo un marido modelo.

Clara Modelo... de segunda mano. ¡Una ganga, una verdadera ganga! Muchas gracias. Renuncio.

Marqués Bien, bien, esto ya es algo. Yo que tú, aceptaría el hotelito, le exigiría una joya de bastante valor, le haría prometer que en lo sucesivo no reincidirá, y aquí no ha pasado nada.

Gonz. (Afectuoso.) Pide, que estoy dispuesto a conceder.

Marqués Ante todo, ¿has roto con ella definitivamente?

Gonz. En absoluto. Le he dado a Clara toda suerte de seguridades.

Marqués ¿Prometiendo que no tratarás de renovar su amistad?

Gonz. Sí, sí, lo he prometido.

Marqués (A Clara.) Ya lo oyes.

Clara ¿Puedes afirmar que otro día no ocurrirá una cosa parecida?

Gonz. Puedo afirmarlo.

Clara ¿Puedes dar tu palabra de honor y jurarlo, que no volverá a ocurrir en la vida? ¡Júralo! (Gonzalo titubea.) ¡Lo ve usted, lo ve usted! ¡Y luogo dice que me quiere!

Gonz. Lo he prometido y besta mi palabra.

Clara (Con sequedad.) No pensaba perdonarte: ¡me lo has prometido tantas veces! ¡Qué caso voy a hacer de tus promesas! (Vase por la derecha. Gonzalo y el Marqués quedan sorprendidos.)

ESCENA VI

DICHOS, menos CLARA

Marqués Chico, he estado duro, pero ya comprenderás que la has hecho gorda.

Gonz. ¡Si supiera usted lo que me arrepiento ahora!

Marqués ¿Ya no te gusta?

Gonz. Tenía un carácter insoportable, además, no es la clase de mujer que me imaginaba. ¡Vale más, mucho más Clarita!

Marqués ¿Por qué, pues, no la has jurado fidelidad eterna?

Gonz. Porque no quiero jurar en falso.

Marqués ¿Qué dices?

Gonz. Sigo queriendo a mi mujer como antes, no sé si podré vivir sin ella, estoy arrepentido de mi falta, sin embargo, no podría jurar que andando el tiempo...

Marqués ¡Gonzalo! ¡Hombre!...

Gonz. ¡Hay tantas tentaciones en el mundo! ¡Existen mujeres tan seductoras!...

Marqués ¿Pero qué dices?

Gonz. Le aseguro a usted que procuraré por todos los medios evitar los peligros, pero...

Marqués Es inútil, pues, que hagáis las paces.

ESCENA VII

DICHOS, un CRIADO y el BARÓN. Entra el Criado, deja paso al Barón y vase

Barón Mi querido Gonzalo... Oh, queridísimo Marqués... ¿No está aquí mi mujer?

Marqués Ha salido hace poco.

Barón Pues yo vengo de casa y me han dicho que estaba aquí.

Marqués Volverá; puedes aguardarla.

Barón ¿Estás seguro de que volverá?

Marqués Sí; tú ignoras que en esta casa hay un disgusto muy gordo.

Barón ¿Qué me dices?

Marqués Un disgusto... matrimonial.

Barón Me dejas absorto. ¿Un disgusto matrimonial?... ¿Pero qué es esto, Gonzalo?

Gonz. Sí, señor, mi mujer y yo... Ella quiere separarse.

Barón ¡Malo, malo, malo! Ya va para cuatro años que os casásteies y estas cosas después del primero, no suelen ocurrir casi nunca.

Marqués Pues se dan casos.

Barón Yo concedo a todos los matrimonios un año para conocerse los caracteres, para que la mujer se entere de que tiene dueño y señor, o de que se entere el marido de que la mujer ha trocado las faldas por el pantalón. Mi mujer y yo vivimos durante el primer año de matrimonio, como perros y gatos, nos salía a pelotera diaria con sus naturales consecuencias; pero al fin llegamos a una inteligencia, se convenció de que todo aquello era inútil y hoy vivimos admirablemente, no nos peleamos ni por casualidad. Verdad es que paso algunas temporadas fuera, en nuestras posesiones, pero no regañamos ni por escrito. ¿Están ustedes seguros de que volverá mi mujer?

Marqués Estoy seguro.

Barón Sepamos, pues, lo ocurrido. Extravagancias, deudas, incompatibilidad de caracteres, celos... ¿verdad?

Gonz. Algo peor. Siento tener que confesar que el culpable soy yo.

Barón ¿De modo que te ha descubierto un lío? ¡Es una lástima, pero tiene remedio! ¡Qué diantre, todos caemos una vez! Ahora a pedirla perdón, procura no reincidir y a hacer las paces.

Marqués Tú lo arreglas fácilmente. El caso es más peliagudo de lo que te figuras.

Gonz. Sí, tío, sí, mucho más, porque ella... no quiere hacerlas.

Barón ¡Ah, pero querrá! Todas dicen lo mismo y al fin ceden. Tu pobre tía también... (Por el Marqués.) Este ya sabe que en mis tiempos tuve yo lo mío. Historia antigua, por supuesto.

Marqués No tan antigua, Rodrigo.

Barón No me perdonaré nunca las infidelidades que he cometido; sin embargo, tu tía me las ha perdonado todas. Le oculté muchas, pero me ha perdonado las que conoce. ¡Es tan buena, y para qué atormentarla con!...

Marqués Tú no puedes aconsejar.

Barón Aconsejar siempre. Los pecadores son los que tienen mayor autoridad para hacerlo.

Marqués Después de arrepentirse, pero tú todavía..

Barón ¡Hombre, a mis años!...

Marqués Tú llegarás verde al otro mundo.

ESCENA VIII

DICHOS, un CRIADO, y más tarde, RICARDO TOMILLARES

Criado (Al Marqués) Don Ricardo Tomillares desea hablar al señor Marqués.

Marqués Gonzalo, ahí tienes a ese majagranzas que hace el amor a tu cuñada, y a quien ella corresponde, a pesar de los pesares. ¿Me permites que le reciba aquí?...

Gonz. Sí, sí, nosotros...

Marqués Podeis quedaros. (Al Criado.) Mándale pasar. He hecho los imposibles para evitar ese casamiento, pero se han empeñado los dos, con la benevolencia de tu mujer...

(Entra el Criado seguido de Ricardo Tomillares, un muchacho de veinticuatro años, afectado, empalagoso, redicho, con tufos de literato y de poeta.)

Ric. Señores... ¿Cómo va, Marqués?... Amigo Herrera... He sabido por Rosarito que entre su esposa y usted ha habido... una mala inteligencia. Supongo que no soy indiscreto..

Gonz. Mis tíos están enterados...

Ric. (Saludando.) Su tío, el Barón de Montalbán, ¿verdad?

Gonz. ¿No se conocían ustedes?

Ric. De vista, mucho. ¿Cómo le va, Barón?

Barón Muy bien, ¿y usted?

Ric. Perfectamente. ¿De modo que aquí estamos en familia? ¡Bravísimo! ¡Bravísimo! No pregunto por el origen del conflicto, porque me imagino que usted, amigo Herrera, es el culpable. ¿Cabe suponer otra cosa? Oh, hay en esas desavenencias matrimoniales una falta de unidad, de... de armonía, que hiere cual nota desafinada de un piano, cual mancha de color desentonada en un lienzo. ¡Ah, pero confiemos en que todo ha de arreglarse!

Marqués Así lo deseamos.

Ric. ¡Hay que animarse, querido Herrera, hay que animarse!

Gonz. Pero siéntese usted.

Ric. La mujer, yo supongo que ustedes serán de mi opinión, es prenda de valor inapreciable, tan perfecta, tan superior al hombre en todos conceptos, que ante su vista debiéramos hincar la rodilla. La mujer es el sér ideal por excelencia...

Barón (Interrumpiéndole.) Oiga usted, pollo, ¿usted... usted es soltero, verdad?

Ric. ¡Todavía sí, señor, todavía! ¡Ah, pero pienso muy pronto... ¿verdad, Gonzalo?

Gonz. Probablemente.

Barón Bien, pues le emplazo a usted para dentro de un par de años.

Ric. ¡Por Dios, no me asuste usted, Barón! (A Gonzalo.) ¿Me permite usted que le ofrezca mis servicios como embajador acerca de su esposa?

Gonz. Agradecidísimo, pero... innecesario..

Ric. Encantado de oirle, y me permito aconse-

jarle que no demore el pedir indulgencia a su deidad ofendida.

Gonz. Procuraré. (Impaciente se levanta y pasea.)

Ric. En cuanto a mí, el Marqués ya sabe que estoy enamoradísimo de Rosarito y como me anuncia que en lo sucesivo no vivirá en esta casa, quizá podríamos aprovechar la coyuntura para... De todos modos tenía ya que entenderme con usted...

Marqués Y ha venido usted a ver si nos entendemos.

Ric. Sí, señor.

Barón (Levantándose.) ¿Están ustedes seguros de que volverá mi mujer? ¡Hace tantos días que no la veo!...

Marqués ¡Qué prisa tienes, con haber llegado un día antes!... Te aseguro que volverá. Puedes acompañar a Gonsalo, a ver si entre los dos convenceis a Clara.

Barón No sé qué es lo que ocurre con las mujeres de hoy. La mía nunca lo tomó así. Cuando ocurrían casos análogos, que no eran frecuentes, una semanita de mala cara durante el día, de espalda durante la noche... y después... amigos otra vez. ¡La pobrecita es un ángel!

Gonz. ¡También mi mujer es un ángel!

Barón Pues no te apures, es cuestión de paciencia. Vamos. Hasta ahora. (Saluda a Ricardo y vase con Gonzalo.)

ESCENA IX

El MARQUÉS y RICARDO

Marqués Siéntese y dígame qué es lo que le trae a usted a esta casa.

Ric. Estuve en la de usted y me han dicho...

Marqués Salí hace poco. Me llamó mi sobrina para enterarme de lo que ocurre...

Ric. Por cierto, que no puede usted imaginarse el efecto que produce en mi sistema nervioso un acontecimiento de esa naturaleza. Antójaseme a mí tan extraño, tan extraordinario, tan brutal. que el marido falte a la mujer, cuando ella es buena, cariñosa, honrada...

¿Para qué se casaron si él no debía seguir amándola? Imposible parece que la irreflexión manifiesta de un hombre, pueda en un momento llegar a malograr la felicidad, destruir los lazos...

Marqués Bueno, oiga usted, a mí puede usted suprimirme los discursos, porque soy soltero y no los necesito.

Ric. Tiene usted razón, perdone usted. Yo hablo, hablo... Vamos a mi asunto.

Marqués Vamos allá.

Ric. Pues... yo, como usted sabe, deseo casarme cuanto antes con Rosarito. Ella y yo estamos enteramente de acuerdo, sólo falta que usted apruebe..

Marqués Para abreviar, ¿cuál es la posición exacta de usted?

Ric. (Algo sorprendido por lo brusco de la pregunta.) ¿Mi... posición?

Marqués Sí, su posición... pecuniaria.

Ric. Naturalmente. Pues... (El Marqués toca el timbre.) Mi padre me dejó al morir una modesta renta, de la cual vivo. (Aparece un Criado.)

Marqués Dile a la señorita Rosario que haga el favor de venir. (Vase el Criado.) ¿Y a cuánto asciende esa modesta renta?

Ric. No es su importancia material lo que me lanza a pedir su mano, además... escribo en alguna revista... pienso publicar una novela... y Rosarito con su inspiración divina...

Marqués ¡Ah! ¿pero cree usted que con la inspiración de Rosarito van ustedes a comer? Amigo Tomillares, precise usted la cantidad de que dispone... Es muy importante.

Ric. Pues... el interés del capital, son...

Marqués Me basta con saber el capital.

Ric. Unos treinta mil duros.

Marqués Que representan poco más o menos... seis mil pesetas anuales. No es mucho para sostener una casa. ¿Y usted trabaja?

Ric. Todavía no, pero trabajaré.

Marqués Caramba, pues ya tiene usted la edad. Usted sabe que la fortuna de mi sobrina asciende a...

Ric. (Interrumpiéndole.) No, no me lo diga usted, que no me importa. Nada encuentro más

repugnante que recibir dinero con Rosario. Me consta que es rica, pero si no lo fuera, la querría lo mismo. La quiero por ella, no por su dinero. Ojalá no le tuviera...

Marqués Eso puede arreglarse fácilmente si ella se conforma.

Ric. (Alarmado.) ¿Cómo?

Marqués Renunciando a la dote.

Ric. ¡Ah, pero ella no se conformará!

Marqués No, ni usted tampoco, querido Tomillares.

ESCENA X

DICHOS y ROSARIO

Rosario es una muchacha de unos diecinueve años, impetuosa, voluntariosa, decidida y monina

Ros. No sabía que estuviera usted aquí, tío. Hola, Ricardo. ¿Hace rato que has llegado?

Ric. Media hora.

Ros. ¿Le has dicho ya?...

Ric. Precisamente de eso estábamos hablando.

Marqués ¿De modo que es cosa decidida?

Ros. Decidida.

Ric. Sí; señor, decidida.

Ros. Dentro de pocos meses cumpliré veinte años y aprovechando el que no puedo seguir viviendo con mi hermana por razones que usted sabrá...

Marqués Las sé.

Ros. Tanto mejor; pues le ruego que dé su consentimiento...

Marqués Dime: ¿lo has meditado bien?

Ros. Sí, señor.

Marqués ¿Y usted, joven?

Ric. ¡Figúrese usted!

Ros. Ricardo tiene un porvenir brillante, es un gran literato, escribe admirablemente. Supongo que no hará usted la menor oposición.

Ric. Y si tuviera usted algo que objetar, dígalo con entera franqueza.

Ros. Ah, sí, sí, escucharemos cualquier observación.

Ric. Nunca faltan enemigos y habría que probar si es cierto lo que pueda decirse en contra mía.

Ros. Claro, lo discutiríamos.

Marqués Nada de eso. No pienso discutir nada, absolutamente nada. (A Ricardo.) Soy como usted sabe, tutor de Rosario y tengo además la administración de su fortuna hasta que cumpla veintitrés años. Mi consejo es que por ahora no se case. (Rosario y Ricardo muestran sorpresa.) ¿Te sorprende lo que digo?

Ros. Claro, creía que en eso estábamos todos conformes.

Ric. Yo también suponía...

Marqués (A Rosario.) Mi deber es advertirte. Pueden ustedes considerarse casados. Ricardo tiene una renta anual de unas seis mil pesetas y yo desde luego, hasta que Rosario entre en posesión de su herencia, la señalo otro tanto.

Ros. (Dominándose apenas.) ¡Cómo! ¿Pretende usted retener mi fortuna? ¿Usted sabe lo que dice, tío? ¡Ah, los tutores, todos son iguales! ¡La tiranía ridícula, la fuerza bruta! ¿Qué argumentos puede usted alegar para cometer semejante arbitrariedad?

Marqués Me parece a mí que seis mil pesetas anuales no es una tontería. Tu novio no tiene más y piensa en casarse.

Ros. ¡Esto es absurdo, absurdo!

Marqués (A Ricardo.) Supongo que me permitirá usted indicarle, amigo mío, que Rosario es en mi concepto una muchacha algo ignorante, muy impulsiva y desconocedora de la vida. Si quiere usted vivir feliz con ella, busque usted quien acabe de perfeccionarla, quien la enseñe a llevar una casa, lo cual desconoce en absoluto, a economizar y otros detalles que contribuyen a hacer agradable al marido la vida de familia.

Ros. Lo que está usted haciendo es sencillamente ridículo.

Marqués Un descargo de conciencia. El señor de Tomillares, aunque hombre instruído, poeta, literato...

Ros. (Rápido.) ¡Ah, no, eso sí que no, tío! He consentido que dijera usted de mí lo que ha

dicho, pero Ricardo es un genio como hay pocos en Madrid....

Marqués No lo dudo. Hago más, llego a creer que su nombre pasará a la historia en letras de oro, pero le aconsejo que, en lugar de perder el tiempo escribiendo novelas o poesías, que jamás han de producirle dos pesetas, se dedique a algo más práctico.

Ric. (Amoscádo) ¿Quiere usted que renuncio a mi porvenir?

Ros. (Nerviosa.) Si no tiene usted que hablar de otra cosa más importante...

Marqués Un poquito de paciencia; termino en seguida. El matrimonio es cosa más difícil de lo que parece a primera vista y exige una gran discreción y talento por ambas partes. El romanticismo y la poesía de ahora y de los primeros tiempos de casados, se esfuma muy pronto, quedando luego la realidad con todas sus consecuencias, y si al fin sois felices, será porque habreis cerrado los ojos y oídos en no pocas ocasiones, habreis perdonado mucho y habreis olvidado mucho más. He concluído. (Una pausa.)

Ros. Todo eso está muy bien, muy bien, admirablemente dicho...

Marqués Mira, déjate de bromitas, ¿eh?

Ros. Si es que está bien, tío, pero no habla usted por experiencia.

Marqués Por experiencia ajena, y además, por sentido común. Seguid mis consejos o no los sigais, pero conste que os he advertido. Y ahora os dejo un momento para poneros de acuerdo sobre la fecha de la boda, mientras voy a otra habitación a predicar, probablemente con el éxito de aquí. Hasta ahora. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XI

ROSARITO y RICARDO

Ros. ¡Cada día está mi tío más inseportable! Mira tú que negarse a entregarme lo que es mío. ¿Qué derecho tiene él?...

Ric. Rosario mía, deseo evitar en el comienzo de nuestra felicidad, todo lo prosaico y mezquino que encierra la vida. No materialicemos. Lo que quiero ante todo, es rodearme de dicha, de dulzura, de amor. ¿Comprendes?

Ros. Sí, Ricardo.

Ric. Quisiera crear un mundo ideal para nosotros. ¡Qué importa el dinero, qué importa la sociedad! El mundo es para los que aman. La felicidad debe hacérsela uno mismo y para ello precisa alejarse todo lo posible de la tierra, acercándose a un ideal que está en lo alto, muy alto, que flota...

Ros. (Embelesada.) ¡Sí, sí, Ricardo, al ideal, al ideal!

ESCENA XII

DICHOS y el BARÓN; en seguida la BARONESA y un CRIADO

Barón (Sorprendido al verles tan expresivos.) Perdonen ustedes.. acabo de ver a la Baronesa bajando de un coche, y... (Aparece un Criado y detrás la Baronesa. El Barón la abraza.) ¡Ah, querida mía!

Bar. ¡Querido Rodrigo!

(Rosarito y Ricardo se miran sin saber qué actitud tomar.)

Barón ¡Hace tantos días que no nos vemos!.. (Sigen hablando bajo y deprisa.)

Ric. Oye, yo no continúo aquí. Esa pareja...

Ros. Vámonos al comedor.

Ric. ¿Por qué no guardarán esas expansiones para cuando estén en su casa? Estas cosas me .. me...

Ros. Sí, sí, a mí también me... vámonos, Ricardo. (Al matrimonio.) Con su permiso...

(El Barón y la Baronesa, que han entablado animado diálogo, no les oyen y vanse ellos por la izquierda.)

Bar. Me parece, Rodrigo, que traes muy mala cara.

Barón El viaje, hijita, el viaje. No he hecho más que llegar a casa, me han dicho que estabas aquí y aquí me tienes.

Bar. ¿Te has enterado de lo que les ocurre a nuestros sobrinos?

Barón Sí, acabo de saberlo. El Marqués está con ellos tratando de convencer a Clara.

ESCENA XIII

DICHOS, GLORIA y en seguida EL MARQUÉS

Gloria (Entrando por la derecha.) Ya me tiene usted aquí, Baronesa. ¿Qué tal, Barón? ¡Cuánto hace que no le veía a usted!

Barón He pasado varios días en nuestras posesiones de Andalucía. .

Gloria Me lo ha dicho la Baronesa. (Entra el Marqués.) ¿Puede usted adelantar alguna buena noticia, Marqués?

Marqués Ninguna. Clara insiste en abandonar a Gonzalo.

Gloria ¿Entonces, qué vamos a hacer?

Marqués Dejar al tiempo que la permita razonar y vuelva sobre su acuerdo.

Bar. Hay que evitar, ante todo, que trascienda al público. Afortunadamente no hay hijos.

Marqués Desgraciadamente, digo yo. Si los hubiera no tomaría Clara esa determinación.

ESCENA XIV

DICHOS, CLARA y UNA DONCELLA; más tarde GONZALO. Entra Clara satisfecha en apariencia, seguida de su Doncella que trae un saquito de viaje

Clara (A Gloria.) Ya estoy dispuesta. ¿Tienes el auto abajo?

Gloria Sí, pero reflexiona antes...

Clara (A la Doncella.) Usted se encarga de que hoy mismo esté toda mi ropa en casa de la señora de Peñafiel. También dormirá usted allí.

Donc. ¿Espero abajo a la señora?

Clara No; deme usted el saquito de las joyas. Puede usted retirarse. Lo bajaré yo. (Vase la Doncella. Entra Gonzalo.) Adiós, tío Alberto. Ya

sabe usted dónde podrá visitarme en lo sucesivo. Espero su visita.

Marqués ¡Qué locura, pero qué locura!

Clara (A la Baronesa.) A usted le digo lo mismo. Adiós. (Se despide del Barón.)

Barón ¡Veo que todo es inútil!

Clara Vamos, Gloria.

Bar. ¡Por última vez, reflexiona!

Clara (A Gloria, impaciente.) ¡Vamos!

Gonz. Has olvidado despedirte de mí, Clara.

Clara (Con ironía.) Es cierto. Adiós, caballero.

Gonz. (Con autoridad.) ¿A dónde vas?

Clara (Deteniéndose.) ¿Que a dónde voy? En busca de poesía... donde la encuentre.

Gonz. (Enérgico.) ¿Quién la autoriza a usted para salir de esta casa?

Clara ¿Quién le autorizó a usted para engañarme?

Gonz. Clara, te prohibo .. (Clara sin atender a razones se lleva a Gloria hacia la puerta.) ¡Clara!... ¡Clara! (Desde la puerta Clara saluda y Gonzalo intenta detenerla, impidiéndolo el Marqués que le toma del brazo.)

Marqués Déjala: volverá. ¿No decías que tu mujer era un ángel?

Gonz. ¡Un ángel, sí, pero... rebelde!

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Saloncito en un hotel de primer orden en San Sebastián. Puerta al foro, un balcón a la derecha y otra puerta a la izquierda. Son las cinco de una tarde de Agosto.

ESCENA PRIMERA

GLORIA, UN CRIADO y en seguida EL MARQUÉS. Gloria sentada; el Criado sale de la habitación de la izquierda

Criado El señor Marqués sale en seguida.

(Vase el Criado por el foro y a poco entra el Marqués.)

Marqués Mi querida amiga... ¿cómo le va?

Gloria ¡Qué sorpresa! He sabido hace un momento que está usted en San Sebastián. ¿Y qué le trae a usted por esta playa?

Marqués Varias cosas. En primer lugar, una carta que recibí de Rosarito. Ya sabrá usted que empieza malísimamente su vida de casada.

Gloria En efecto, el matrimonio ha separado sus habitaciones.

Marqués Lo cual, en plena luna de miel, es un síntoma grave.

Gloria Gravísimo.

Marqués El gusto de ver al hijo de un antiguo amigo mío, que marcha a la Argentina y para quien estaba escribiendo, cuando usted ha llegado, una carta de recomendación; el de-

seo de abrazar a Clara y el de saludarla a usted, que es una satisfacción que no tenía hace tiempo.

Gloria Muchísimas gracias.

Marqués Está usted más hermosa que antes de emprender el viaje. Se conoce que en Inglaterra le han tratado a usted muy bien. ¿Y cómo está Clara?

Gloria Admirablemente. No parece la misma; mejor color, más apetito, ha engordado algo... en una palabra, goza de una salud envidiable.

Marqués ¡Cuatro meses han pasado ustedes en el extranjero! ¿Y en tanto tiempo no han sentido ustedes añoranza?

Gloria Por mi parte... ¿a quién dejaba yo en Madrid? Además, ya sabe usted que el viajar constituye mi mayor encanto.

Marqués ¿Y Clara, se ha acordado mucho de su marido?

Gloria ¿Mucho, dice usted? Probablemente nada, por lo menos ha sabido disimularlo. Ha hablado de usted, de Rosario.. pero de Gonzalo... Si alguna vez intentaba hablarlo, con gran habilidad desviaba la conversación.

Marqués (Sorprendido) ¡Es inverosímil!

Gloria Rarísimas veces le he oído pronunciar su nombre.

Marqués Es orgullosa y habrá disimulado, pero no puedo creer que no se acuerde. A ver, a ver, cuénteme usted cuanto ha hecho o a pensado.

Gloria Cuanto ha hecho, quizá pueda referírselo, lo que ha pensado... no tengo la llave de su pensamiento.

Marqués Sí, naturalmente, pero ya comprenderá usted que ansío saberlo todo.

Gloria Pues bien, la actitud de Clara durante esos cuatro meses, ha sido correcta. Hemos viajado mucho y después de recorrer casi toda Inglaterra, nos instalamos en Londres. Visitamos hospitales, museos, teatros, music-halls, asistimos a las carreras de Ascot, paseamos por el Támesis y fuímos invitadas a una de las mansiones más aristocráticas de Hyde Park. A nuestro regreso, pasamos

quince días en París, recorriendo tiendas todas las mañanas, paseando en auto por el Bois todas las tardes y visitando los principales teatros todas las noches. Ya ve usted que no lo hemos pasado mal.

Marqués En efecto, se han divertido ustedes mucho, pero sigo sin comprender cómo Clara ha podido olvidar a su marido en tan corto tiempo. Terca lo fué siempre, usted lo sabe, pero esa tenacidad crea usted que me sorprende. Clara no podía, sin su consentimiento, abandonar su casa, pero ni Gonzálo ni yo pudimos imaginarnos nunca que transcurridos unos días, no volvería para perdonarle. Empezó en chiquillada de niña voluntariosa y temo que acabe en algo muy serio, que conviene evitar. Por eso es necesario que seamos todos embajadores de paz. Con violencias nada conseguiríamos. ¿Dónde está Clara, que no ha venido con usted?

Gloria No lo sé, no estaba en su habitación, por eso he subido sola.

Marqués ¿Sabe que estoy aquí?

Gloria Lo dudo; yo lo he sabido casualmente y he venido a saludarle. Vamos, que no se puede usted quejar de mí.

Marqués De usted no me he quejado nunca.

Gloria Voy a decirle, pues, que está usted aquí.

Marqués Sí, sí, dígale usted que venga o iré yo a verla después. ¿Qué habitación es la suya?

Gloria El 22 y 23.

(Llaman en la puerta del foro y entra un Criado con una tarjeta en una bandeja que presenta al Marqués.)

Criado Con su permiso... (El Marqués lee la tarjeta.)

Marqués Mande usted pasar a ese caballero a mi habitación. (Vase el Criado.)

Gloria (Levantándose.) Puesto que tiene usted visita me marcho.

Marqués No se vaya usted. Es el amigo de quien le hablé antes.

Gloria Voy en busca de Clara y a cumplir su encargo. (Se dirige al foro y el Marqués la acompaña.) No se moleste usted, Marqués.

Marqués ¡Qué no hiciera yo, por verla a usted un minuto más!

Gloria (Riendo) ¡Siempre el mismo!

Marqués (Con intención.) ¡Siempre el mismo, Gloria!
(La mira sonriente y vase Gloria por el foro, después de saludarle con coquetería. El Marqués cierra la puerta y pausadamente se dirige a la puerta izquierda.)

ESCENA II

EL MARQUÉS y ALBORNOZ

Marqués Pase usted, Enrique.
(Entra por la izquierda Enrique Albornoz. Es un hombre de treinta años, muy elegante y muy correcto.)

Enr. ¿Cómo está usted, Marqués? ¡No sabe usted lo que me alegró su carta!

Marqués Asuntos de familia me han traído a San Sebastián y aproveché la ocasión...

Enr. Muy amable. De todos modos, como le decía, hubiera ido a Madrid a saludarle antes de embarcar. Jamás olvidaré qne salvó usted la herencia de mi padre. Sin su intervención en el pleito, estaba perdido.

Marqués Nada debe nsted agradecerme, cumplí como abogado y como amigo. ¿Y cuándo marcha usted?

Enr. Embarcaré en Barcelona en la próxima semana.

Marqués ¿Sentirá usted mucho ir tan lejos?

Enr. La carrera diplomática tiene ese inconveniente. No puede uno poner cariño a la tierra en que vive. ¡Ya ve usted, tan a gusto como estaba yo en Londres!... y ahora... Del Viejo al Nuevo Mundo, pero casi estoy por decir que me alegro.

Marqués ¿Que se alegra usted?

Enr. Sí.

Marqués ¿Acaso un amor contrariado?...

Enr. Un amor que no podré olvidar nunca.

Marqués ¡Ay, amigo mío, a la edad de usted se olvida facilmente!

Enr. ¡Qué difícil va a ser!

Marqués A los treinta años todos hemos dicho lo mismo.

Enr. Pues yo no me siento capaz de dejarla y de olvidarla menos.

Marqués ¿Tanto la ama usted?

Enr. Con locura.

Marqués ¿Es acaso su amante?

Enr. No.

Marqués Entonces... ¿por qué no se casa usted con ella?

Enr. Porque no es posible.

Marqués ¿Es la mujer de otro hombre?

Enr. Sí.

Marqués Eso es más grave. ¿Y ella? Perdone usted mi curiosidad, pero usted sabe que siento por usted verdadero afecto...

Enr. Tiene usted derecho a preguntar y solicito su consejo. Permítame tan sólo que oculte su nombre.

Marqués Es natural. ¿La conoció usted en Londres?

Enr. Sí.

Marqués ¿Luego será inglesa?

Enr. Española.

Marqués Tanto peor. Puesto que solicita usted mi consejo, voy a dárselo, amigo mío. Tome usted el vapor y en América la olvidará usted.

Enr. ¡Ah, no, olvidarla, nunca!

Marqués ¡Vamos, a su edad!... Eso no lo hace usted creer a nadie. Si no pusiera usted mucha agua de por medio, si continuara usted viéndola, hablándola... probablemente no llegaría usted a olvidarla. ¡Pero tan lejos uno de otro y por mucho tiempo! .. Es una ilusión que, como todas las de la vida, irá esfumándose poco a poco, y cuando tenga usted mis años, recordará usted con verdadero deleite esas ilusiones pasadas, y quizá llegará usted a reirse del calor que puso en ellas.

Enr. Ese amor no es una ilusión: es realidad. He conocido durante mi vida infinitas mujeres y puedo asegurarle que ninguna me causo esa impresión. Hay amores que llegan a olvidarse, es cierto, pero los hay que aun queriendo olvidarlos, viven eternamente.

Marqués ¡No lo niego, pero son tan pocos!...

Enr. ¡No la conoce usted a ella ni me conoce usted a mí.

Marqués (Sonriendo.) ¡Al tiempo, Enrique, al tiempo. Ofrecí a usted una recomendación para un amigo mío. Es un personaje muy influyente, una persona cultísima, de gran posición y le introducirá a usted en la mejor sociedad de Buenos Aires.

Enr. Se lo agradeceré a usted muchísimo.

Marqués Estaba escribiendo la carta cuando me han anunciado una visita, pero si no lleva usted prisa la termino en un momento.

Enr. Como usted quiera. De todos modos, mañana hemos de vernos.

(Llaman a la puerta del foro.)

Marqués ¡Adelante! (Entra Clara.)

ESCENA III

DICHOS y CLARA

Clara ¡Querido tío, qué sorpresa! (Clara queda muy sorprendida al ver a Albornoz, pero disimula. El no sabe qué actitud tomar, disimula también y el Marqués observa.) Ignoraba... ignoraba que tuviera usted visita. Gloria acaba de decirme...

Marqués Supongo que no se conocen ustedes.

Clara No tengo el gusto...

Marqués (Presentando) La señora de Herrera, mi sobrina. Don Enrique Albornoz.

Enr. Tengo un verdadero placer...

Clara Al pronto me pareció conocerle... pero sin duda fué un error.

Enr. En efecto, no recuerdo haber tenido antes esa satisfacción... Desde jóven vivo en el extranjero...

Marqués Pues de allí ha llegado mi sobrina.

Enr. ¿Ah, sí? ¿De Inglaterra?

Clara De Inglaterra, sí, señor.

Marqués Puesto que ya se conocen ustedes, voy con su permiso, a mi habitación a terminar esa carta. Siéntese usted, Enrique; siéntate tú, Clara. Vuelvo en seguida.

(Al llegar junto a la puerta izquierda, vuelve rápidamente la cabeza y observa que ambos aguardan impacientes quedar solos. Vase.)

ESCENA IV

CLARA y ENRIQUE ALBORNOZ

Clara (Asustada y nerviosa.) ¡Qué sorpresa!

Enr. ¡Sorpresa para los dos, o mejor, qué fatalidad! Ignoraba que el Marqués fuera tío de usted.

Clara ¿Se conocen ustedes mucho?

Enr. Sí; hace tiempo.

Clara ¿Cuándo ha llegado usted?

Enr. Anoche.

Clara ¿Por qué cuando nos despedimos, no me dijo usted que iba a venir?

Enr. Porque quería cumplir mi palabra de olvidarla, pero ha sido imposible, porque la amo a usted locamente, porque en todo instante la veo a usted en mi imaginación.

Clara ¿Y si se entera alguien de que nos conocemos?

Enr. Se enterarán de la verdad: acabamos de ser presentados.

Clara ¡Sí, sí, pero ya sabe usted que este es un amor imposible!

Enr. ¿Imposible, por qué?

Clara Porque soy una mujer honrada.

Enr. ¿Pero me ama usted?

Clara ¡No puedo amarle!

Enr. (Insistiendo.) ¿Pero me ama usted?

Clara ¡Fué un vértigo, una locura; Enrique, olvídelo!

Enr. ¿Que lo olvide? ¡Eso es pedir un imposible! ¡Usted lo sabe!

Clara ¡Repito a usted que si alguien sospecha...

Enr. ¿Quién va a sospechar?

Clara ¿Y qué logrará usted al fin? ¡Atormentarse usted y atormentarme a mí, porque soy honrada y no he de dejar de serlo! ¡Olvídeme usted, Enrique! Fué una imprudencia muy grande venir a San Sebastián donde todo el mundo me conoce.

Enr. La juro a usted que por mí nadie sabrá... He querido sorprenderla y al propio tiempo despedirme.

Clara ¡Hace usted bien marcharse!

Enr. ¡Es que quizá tardemos mucho en volver a vernos!

Clara ¿Qué quiere usted decir?

Enr. ¿Vive usted en este hotel, verdad?

Clara Sí. ¡Silencio! Disimule usted.

(Toda esta escena ha sido bastante rápida, revelando ambos personajes, especialmente Clara, cierta inquietud.)

Enr. ¿De modo que prefiere usted la vida inglesa a la vida de París? En eso estamos enteramente de acuerdo, señora.

(Entra el Marqués.)

ESCENA V

DICHOS y el MARQUÉS

Marqués Aquí tiene usted la carta.

Enr. Muchísimas gracias, es usted muy amable.

Marqués ¿Hablaban ustedes de Londres? Yo he venido a interrumpir... Sigan ustedes.

Enr. Esa señora conoce Londres admirablemente.

Marqués Quédese usted a comer con nosotros y así podrán ustedes recordar...

Enr. (Rápido.) Lo siento mucho, Marqués, pero es imposible. Un compromiso anterior...

Marqués Es una lástima, porque tendría especial interés en que se quedara usted. Hemos de tardar mucho en volver a vernos. El viaje a América no se hace con mucha frecuencia.

Clara (Disimulando su impresión.) ¡Ah! Pero .. ¿va usted a América?

Enr. Sí, señora.

Clara ¿Pronto?

Marqués En la próxima semana.

Clara ¿Y piensa usted pasar allí mucho tiempo?

Enr. ¡Qué sé yo!

(Llaman en el foro y entra Gloria.)

ESCENA VI

DICHOS y GLORIA

El Marqués, al ver a Gloria, observa si reconoce a Albornoz

Gloria Ya me tiene usted aquí otra vez, Marqués. (Gloria, al ver a Albornoz, duda un instante y le saluda.) ¡Oh! ¿Cómo está usted?...

Marqués ¡Ah! ¿Pero se conocen ustedes? (Clara hace una seña a Gloria.)

Gloria Sí, es decir, no recuerdo que hubiéramos hablado, pero vivíamos en el mismo hotel...

Enr. En efecto, me parece recordar...

Marqués ¿Y Clara no le ha reconocido a usted?

Clara Sí, ya ha visto usted que mi primera impresión ha sido... pero luego...

Enr. Ahora voy recordando que un día me llamó la atención oirlas hablar español...

Clara Sí, fué un día que comió usted cerca de nuestra mesa.

Enr. En efecto.

Marqués Pues es una lástima que hoy no quiera usted acompañarnos.

Enr. ¡No sabe usted cuánto lo siento! De todos modos, antes de marcharme nos veremos.

Marqués ¡No faltaba más! Mañana no tendrá usted excusa...

Enr. Agradecidísimo. Vendré, pues, mañana. Señora...

Clara Así tendremos ocasión de hablar de nuestro viaje a Inglaterra. ¿Vivía usted en Londres?

Enr. Sí, pertenecía a la Embajada española.

Clara ¡Ah!...

Enr. (A Gloria.) He tenido mucho gusto...

Gloria Hasta mañana.

Enr. Hasta mañana. (Al Marqués.) Repito las gracias por su amable carta... (Saluda y vase.)

ESCENA VII

DICHOS menos ENRIQUE ALBORNOZ

Clara ¡Es muy simpático ese señor!

Marqués ¿Verdad que sí? Cuando le trates... ¡Lástima que se marche tan pronto! (Pausa.) Te felicito por tu vuelta a España. ¡Ya era hora! Gloria me ha dicho lo mucho que os habéis divertido y que tu salud es inmejorable.

Clara Sí, sí, estoy como nunca.

Marqués ¿Y qué piensas hacer?

Clara Todavía no lo sé. Por ahora pasar aquí una temporada. Gloria me acompañará.

Gloria Sabes que mi intención era regresar a Madrid, pero por no dejarte sola...

Clara Se lo agradezco mucho.

Marqués ¿Y has pensado lo que luego vas a hacer?

Clara ¿Luego? Regresar a Madrid.

Marqués No divaguemos, Clara, no divaguemos. Tú no eres una mujer libre.

Clara Lo soy.

Marqués Lo eres desgraciadamente, pero... hasta cierto punto. Me parece que es tiempo de que concluya esa situación ridícula y escandalosa.

Clara ¿Ridícula? ¿Escandalosa? No le comprendo a usted.

Marqués ¿No es hora de hacer las paces con tu marido?

Clara No.

Marqués ¿Estás loca? No olvides que todo Madrid sabe lo ocurrido; que Gonzalo puede cuando quiera obligarte a volver a su lado; no olvides que todas las locuras tienen un fin, a menos que...

Clara ¿Qué va usted a decir?

Marqués ¿Has cumplido tu promesa?...

Clara ¿Cuál?

Marqués La de buscar... poesía. ¿La has hallado acaso?

Clara ¡Ah! ¿De modo que me cree usted culpable? ¿De modo que me considera usted capaz de faltar a mis deberes?

Marqués No; tampoco te creí capaz de abandonar a tu marido y lo hiciste.

Clara Es muy distinto. Lo de mi marido fué una traición sin nombre. Cuando me hablaba de amor eterno, entre besos y abrazos, cuando me aseguraba que había pasado la tarde en el Casino charlando con sus amigos, acababa de salir de la casa de aquella mujer, cuyos labios había besado antes que los míos, robándome un cariño que era mío, exclusivamente mío. No quise sufrir tanta humillación y no quiero sufrirla nuevamente.

Marqués Gonzalo faltó, pero está arrepentido.

Clara ¿Le consta a usted?

Marqués Me consta. Hechas las paces viviréis felices.

Clara Lo dudo. En Londres tuve noticias de que tenía una amante. Ya ve usted que ese no es el camino del arrepentimiento.

Marqués Y si fuese cierto, ¿quién tendría la culpa?

Clara También yo, ¿verdad?

Marqués ¿Quién si no? Tú le abandonaste, prueba evidente de que no le querías.

Clara Antes me abandonó él.

Marqués Gonzalo tuvo un momento de ofuscación, pero te ha querido siempre.

Clara Si tanto me quería, ¿por qué me dejó marchar?

Marqués Hizo bien. No quiso retenerte a la fuerza; pero creyó él y creímos todos, que llegarías a perdonar primero y a olvidar después.

Gloria Sí, Clara, sí; ¿por qué no intentas una reconciliación?

Clara ¿Por qué no la intentó él?

Marqués Regresa a Madrid conmigo y haréis las paces.

Clara ¡Es inútil!

Marqués Si te niegas creeré que el motivo es otro.

Clara ¿Cuál?

Marqués Que tienes un amante.

Clara ¡Tío!

Marqués Hoy me hacen ustedes el honor de comer conmigo y mañana o pasado regresamos juntos a Madrid.

Clara Comeremos con usted. En cuanto a regresar a Madrid...

Marqués Reflexiónalo. Espero la visita de tu herma-

na, pero si quieres que vayamos un rato al Casino...

Clara Con mucho gusto. (A Gloria.) Vamos a mudar de traje y subimos a buscarle.

Marqués Entonces te aguardaré aquí o abajo en el salón. (Gloria y Clara se dirigen al foro y el Marqués las acompaña. A Gloria.) ¡Ayúdeme usted, Gloria, ayúdeme usted a convencerla! (Vanse Gloria y Clara. El Marqués cierra la puerta y baja al proscenio.) Es indudable que entre Albornoz y mi sobrina hay algo. (El Marqués queda un instante pensativo. Llaman en la puerta del foro.)

ESCENA VIII

El MARQUÉS, RICARDO y ROSARITO

Marqués Adelante.

(Entra Rosarito muy decidida y con cara de pocos amigos. Ricardo viene detrás, serio y resignado.)

Ros. ¿Se puede? ¡Oh, tío Alberto! ¿Qué tal?

Marqués Bien, ¿y tú, sobrina? Hola, Ricardo.

Ric. ¿Cómo está usted?

Marqués Mala cara traéis los dos.

Ros. Ya se enteraría usted por mi carta...

Marqués En efecto, me enteré de que no reina gran armonía en el matrimonio. Por eso y por otras cosas que me interesaban también, he venido a San Sebastián.

Ros. Pues me alegro de que haya usted venido.

Ric. Y yo. Así se pondrán en claro ciertas dudas...

Ros. Duda ninguna. Lo ocurrido es evidente, muy evidente.

Marqués Parece que vuestros disgustillos comenzaron en Madrid, y han ido haciéndose tan frecuentes, que ha sido preciso separar las habitaciones. Que eso ocurra a los veinte años de matrimonio es tolerable, pero a los dos meses...

Ros. Yo no tengo la culpa.

Marqués Yo tampoco, hija mía.

Ros. La tiene Ricardo con su carácter.

Ric. ¿Yo? ¡Vamos! La tienes tú, sí, señora, tú; que podías ahorrarte muchos disgustos y ahorrármelos a mí.

Ros. Cada día eres más exigente.

Ric. ¿Quién habla de exigencias?

Marqués Bien, bien, no discutamos y sepa yo lo ocurrido.

Ros. Pues usted recordará que le dijimos, que en cuanto no estuviéramos de acuerdo le consultaríamos.

Marqués Sí, y yo os dí las gracias y renuncié.

Ros. Pues ha llegado el caso...

Ric. Ha llegado, pero antes óigame usted.

Ros. No pretenderás hablar antes que yo.

Ric. Si tú lo cuentas llevarás razón.

Ros. La tengo.

Ric. ¡Qué vas a tener!

Ros. ¡Sí, señor!

Ric. ¡No, señora!

Marqués (Interrumpiendo.) Basta, basta, que si habláis a un tiempo no vamos a entendernos. Habla primero tú, Rosarito. ¿Cuándo empezaron esos disgustos?

Ros. A los quince días de casados tuvimos el primero, sin importancia, por supuesto, pero desde entonces han ido sucediéndose con bastante frecuencia. El último lo tuvimos anteayer, y Ricardo, furioso, loco, rompió la luna del armario de nuestra habitación.

Ric. ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Cuánto embuste!

Ros. ¿Que no la rompiste?

Ric. ¿Yo?

Ros. Hijo, negarás la evidencia. La rompió él y por eso nos separamos.

Ric. La rompiste tú.

Ros. Si no me hubieras dado un empellón que me hizo derribar la mesa...

Ric. ¿Ve usted cómo la rompió ella?

Ros. Yo creí casarme con un hombre, no con una fiera.

Marqués ¿Pero a tanto llegásteis?

Ric. Sí, señor. Mire usted, yo la he tratado siempre como merece criatura tan delicada y hermosa, pero en seguida se pone por las nubes, no sufre que la contradigan ..

Ros. No lo crea usted, es él quien se pone imposible. Tiene un carácter flemático y ya sabe usted que yo soy excesivamente nerviosa.

Ric. Excesivamente, es cierto.

Ros. Cuando te casaste conmigo ya lo sabías. ¡Mire usted que llegar a emplear conmigo, con su esposa, con su compañera, la fuerza bruta!

Ric. Tuve calma para discutir fríamente tres cuartos de hora. Con su carácter es imposible concentrarse, abstraerse, meditar sobre los diversos problemas mundiales, base de mis artículos, o elevarme a las regiones cerúleas, base de mi inspiración poética.

Ros. Claro, te pasas la vida pensando tonterías...

Ric. Tonterías las que tú haces, que no te ocupas de la casa, ni sabes llevar una cuenta y derrochas en vestidos, en sombreros... Así se gasta un dineral.

Ros. ¡Un dineral! ¡Pero quién habla! ¿Quién derrocha? Tú, que has mandado editar una novela que te ha costado la edición mil pesetas y no has vendido dos ejemplares.

Ric. Lo he pagado de mis economías.

Ros. ¡Claro, ya podías; como todos los demás gastos los pago yo!

Marqués ¡Pero señores, que eso ocurra en plena luna de miel!

Ros. Vinimos a pasarla aquí, porque Ricardo quería descansar, tomar baños, escribir una novela, y como íbamos a pasar tres meses, tomamos un pisito muy mono y nos instalamos con las dos criadas.

Marqués A todo eso todavía no sé por qué os habéis disgustado.

Ros. Por varias cosas.

Ric. Por majaderías suyas.

Ros. Tuyas.

Ric. Déjame hablar un momento.

Marqués Déjale que hable.

Ric. Pues yo soy un hombre de un temperamento artístico excesivamente nervioso y no puedo afeitarme cuando me levanto, si las persianas de mi habitación no están enteramente abiertas, a fin de percibir el más dosimétrico grano en el cutis, si no, me corto.

Ros. ¡Es sencillamente ridículo!

Ric. ¿Qué quieres que yo te diga si me corto?

Marqués ¿Y quién se opone a ello?

Ros. Yo; porque es una vergüenza que los veci-

nos de las casas de enfrente, le vean todos los días en paños menores junto al balcón.

Ric. Vamos, mujer, no exageres.

Ros. Que no exagero, Ricardo. Tú dirás si llevas pantalón y chaleco.

Ric. ¿Qué le parece a usted, tío? ¿Hay modo de afeitarse con pantalón y americana? ¿Cómo muevo los brazos, cómo me lavo después? ¿No opina usted que es indispensable que las persianas estén abiertas?

Marqués Lo indispensable es que no te cortes.

Ric. (A Rosario.) ¡Ah! ¿Lo ves? ¡Lo que yo digo! Tu tío me da la razón.

Ros. Bien, pues a mí no me da la gana de que las vecinitas de enfrente vean cómo te afeitas, y las malditas se pasan la mañana en el balcón.

Marqués Bien; ¿y no tienes otra queja de tu marido?

Ros. ¡Ya lo creo! ¡Si yo hubiera podido imaginarme que no iba a hacer nada en todo el santo día!... Prometió trabajar, pero.. ¡una fantasía! Se mete en todo, hasta en la cocina.

Marqués En efecto, lo prometiste...

Ric. Y lo cumplo. Llevo publicada una novelita y voy a dar a luz otra muy en breve.

Ros. Otras mil pesetas tiradas.

Marqués Pues hijo, si cada parto... literario, te cuesta mil pesetas...

Ric. Las ediciones son lujosas...

Ros. Pero no se venden.

Ric. Ya se venderán. Además, continúo escribiendo en varios periódicos y mi firma empieza a ser solicitada.

Ros. Le aseguro a usted que cada artículo que escribe, nos cuesta carísimo. El dice que los cobra.

Ric. Y los cobro.

Ros. Concedido; pero imagínese usted que desde que visitó en su casa a uno o dos literatos eminentes y se enteró de que escribían sus obras en la cama, no hay forma de lograr que se levante antes de la hora de comer y si el artículo es muy interesante, hay que llevarle la comida a la cama.

Marqués Hombre, eso me parece abusivo.

Ric. Una exageración.

Ros. El evangelio, tío, el evangelio. Dese usted una vueltecita por casa a las doce y media sin previo aviso. ¡Y todavía no es eso lo peor! Lleva manchadas de tinta cuatro sábanas y el día antes de salir de Madrid, se le estropeó la pluma estilográfica, pidió un tintero, y se conoce que en un momento de inspiración súbita, dió media vuelta y el tintero fué a parar sobre la alfombra, salpicando las patas de la mesita de noche. ¿Usted recordará aquella alfombra salmón tan bonita?... pues inservible.

Marqués En efecto, Ricardo, me parece que tu conducta...

Ric. Una desgracia la tiene cualquiera.

Marqués Son muchas cosas...

Ros. Y a todo eso yo grito, me enfado, pataleo... y él se queda tan fresco.

Ric. Hasta que logras sacarme de mis casillas, estallo y...

Marqués ¿Quereis que os diga con franqueza lo que me parece?

Ros. Sí.

Ric. Sí, señor.

Marqués Que cuanto ocurre lo tenía previsto, que no debisteis casaros jamás y como lo hecho no tiene remedio y una imitación de la conducta de vuestra hermana, sobre ser ridículo carecería de originalidad, precisa resignarse, transigir y poner cada uno de su parte cuanto le sea posible, para evitar la repetición de escenas desagradables. Ahora os vais a dar juntos un paseo por la Concha para que todo el mundo os vea; esta noche comereis conmigo y con vuestra hermana y reflexionad entre tanto sobre lo que os he dicho.

Ros. Si yo estoy convencida de que los disgustos deben evitarse y quiero evitarlos.

Ric. Pues evítalos.

Ros. Cediendo siempre, ¿verdad?

Ric. Siempre que no tengas razón.

Marqués Por favor, no empeceis nuevas discusiones.

Ros. Entonces hasta después.

Marqués Sí, sí, hasta las ocho y que vengais arrepentidos.

Ric. Por mi parte...
(Llaman en el foro.)

Clara (Fuera.) ¿Se puede?
(Entra Clara.)

ESCENA IX

DICHOS y CLARA

Marqués Aquí teneis a vuestra hermana.

Clara Hola, ¿qué hay de nuevo? ¿Habeis hecho las paces ya?

Marqués De momento, pero temo que antes de diez minutos...

Ric. No lo diga usted, que nos vamos juntos a dar un paseo.

Ros. Y comemos aquí con tío Alberto.

Clara Hasta luego entonces.

Ric. Hasta después.
(Vanse Ricardo y Rosarito, pero al llegar junto a la puerta disputan nuevamente. El Marqués y Clara se ríen.)

ESCENA X

El MARQUÉS y CLARA

Marqués ¿Y Gloria?

Clara Terminando de arreglarse. Nos espera en su habitación. Vengo a buscarle a usted para dar una vueltecita. Luego iremos al Casino... ¿Pero no se ha vestido usted todavía?

Marqués Si no me han dejado tus hermanos, que andan también en tu camino.

Clara Lo sé. Vístase en un momento y nos vamos. Le aguardo.

Marqués Entonces con tu permiso... (Vase el Marqués por la izquierda.)

ESCENA XI

CLARA y en seguida ENRIQUE ALBORNOZ

Clara se sienta, coge un periódico y se dispone a leer. Llaman en la puerta del foro

Clara Entre. (Entra Albornoz y ella se levanta sobresaltada.) ¿Usted?

Enr. Yo. No se asuste usted. Ignoraba que estuviera usted aquí, pero bendigo la ocasión.

Clara ¿Por qué ha vuelto usted?

Enr. Para decirle a su tío de usted que mañana tampoco puedo comer con él.

Clara ¿Es eso cierto o ha sido un pretexto para volver?

Enr. (Transición.) Mentí, he vuelto para verla, pero no me figuraba hallarla sola.

Clara ¡Eso es absurdo, absurdo!

Enr. Es que la amo a usted, Clara, la amo a usted locamente.

Clara Márchese usted, por favor se lo pido. Mi tío está ahí vistiéndose para acompañarme.

Enr. Precisa, pues, aprovechar los instantes. ¿Por qué es usted tan cruel conmigo?

Clara ¿Cruel yo?

Enr. Sí.

Clara Se lo he dicho a usted, Enrique, aquello fué una locura.

Enr. Entonces me dió usted a comprender que me quería y yo con la esperanza de lograr su amor...

Clara Reconozco que hice mal en lo que hice, perdóneme usted, pero márchese y no vuelva a acordarse de mí.

Enr. Lo haré si usted me dice la verdad; si no me quiere usted.

Clara No le quiero a usted, márchese.

Enr. Diga usted la verdad, pero la verdad; ¿me quiere usted?

Clara No.

Enr. Porque no puede usted quererme, según usted dice o usted cree, pero si pudiera us-

ted, si fuera usted libre, ¿verdad que me querría usted?

Clara No lo sé. Por favor, márchese Enrique, puede salir mi tío...

Enr. Usted no sabe el sacrificio que me impone, no, que nos imponemos los dos, porque usted me quiere, sí, sí, estoy seguro de que usted me quiere. A ninguna mujer he amado ni llegaré a amar como la amo a usted aunque cien años viva. ¡Aquellos días de Londres fueron un sueño, Clara, un sueño delicioso de amor! ¡Tiene usted un marido que la abandona, no puede usted vivir con él! Para mí lo es usted todo, para él... ¿qué es usted? ¿Qué cariño la tiene, qué consideración la merece? ¡En cambio yo la ofrezco consagrar a usted mi vida, la vida, que no es poco! Pasado mañana marcho a Madrid, después a América. Soy libre, no tengo familia; ¿por qué no quiere usted ir conmigo?

Clara ¡Nunca, Enrique, nunca! ¡Me arrepiento de lo que hice, jamás debí darle a usted una esperanza! Olvídeme usted, se lo repito: no soy libre.

Enr. Lo es usted, puesto que vive separada de su marido.

Clara Ante Dios y ante mi conciencia no lo soy.

Enr. ¿A qué insistir? No puedo llevarla a la fuerza, pero tampoco tiene usted derecho a destruir mi vida. La amo a usted, Clara, y seguiré amándola y creyendo que me ha querido usted también.

Clara Sí, sí, pero márchese usted

Enr. Es para siempre, no lo olvide. (Pausa breve.) ¿Por qué no se decide usted a ir conmigo?

Clara ¡Basta, no lo repita!

Enr. Es que quiero ver si a fuerza de repetirlo la convenzo a usted. ¿Irá usted, Clara?

Clara No.

Enr. Entonces déjeme usted llevar algún recuerdo suyo. Un retrato al menos...

Clara No.

Enr. Pues bien, algo suyo, lo que sea, pero algo.

Clara (Tras un momento de vacilación.) Tome usted esta sortija. Es un regalo de mi tío que hace mu-

chos años que no se ha separado de mí. Consérvela usted como recuerdo de un amor sin esperanza.

Enr. (Tomándola.) ¡Clara, Clara!... ¡No sabe usted cuánto la amo!

(Toda la escena ha sido violenta. Al final se ha acercado mucho a ella y en el instante en que intenta besarla, se abre la puerta de la izquierda y entra el Marqués. Los dos se separan bruscamente.)

ESCENA XII

DICHOS y el MARQUÉS. El Marqués disimula sus sospechas

Marqués ¿Usted aquí, Enrique?

Enr. He venido para decirle que lo siento muchísimo, pero mañana tampoco puedo comer con ustedes, y pasado, salgo para Madrid.

Marqués ¡Ah!...

Enr. Crea usted que lo lamento pero... ahora precisamente se lo estaba diciendo a su sobrina.

Marqués ¿Y a qué hora se marcha usted?

Enr. En el rápido.

Marqués Entonces iré á despedirle a usted a la estación.

Enr. ¿Para qué va usted a molestarse? De ningún modo. Mañana por la tarde vendré yo mismo a decirle adiós. Señora... Marqués... Hasta mañana.

Marqués Adiós, Enrique, hasta mañana.

(El Marqués le acompaña hasta la puerta. Albornoz saluda y vase. El Marqués cierra y vuelve al proscenio pausadamente.)

ESCENA XIII

MARQUÉS y CLARA

Marqués Siéntate, que vamos a charlar un ratito los dos.

Clara (Alarmada.) ¿Y el paseo?

Marqués Luego. Lo que voy a decirte es más importante.

Clara ¿Se trata de algo muy serio?

Marqués Mucho. Y te suplico que medites tus respuestas. Precisa que esa situación anormal concluya. La gente empieza a murmurar... se hacen comentarios... en una palabra, acabarías por colocarte en lugar poco honroso.

Clara ¿Y eso me lo dice usted a mí, cuando en el mundo hay infinitas mujeres que obran mal y todos las consideran?

Marqués No lo dudo. Las mujeres se dividen en dos clases.

Clara Buenas y malas.

Marqués No. En mujeres que han perdido su buen nombre y mujeres que lo conservan. Yo me he empeñado en que tú pertenezcas el segundo grupo.

Clara Muchas gracias. Hasta ahora lo he conservado.

Marqués Sí, pero no basta.

Clara ¿Y qué piensa usted hacer?

Marqués Dime antes lo que piensas hacer tú.

Clara No lo sé.

Marqués ¿Piensas quedarte en San Sebastián... o piensas regresar a Madrid?

Clara Probablemente volveré a Madrid.

Marqués Yo iré contigo.

Clara ¿Para qué?

Marqués Para vigilarte.

Clara ¿Cree usted que lo necesito?

Marqués Sí. Pienso ser tu sombra constante.

Clara (Furiosa.) ¡Pío, eso es ridículo, absurdo! Soy libre.

Marqués Te equivocas.

Clara Y haré cuanto se me antoje.

Marqués Sigues equivocándote. Harás lo que debe hacer una mujer honrada.

Clara ¿Qué quiere usted decir? ¿Acaso sospecha usted?...

Marqués No es sospecha, es algo más.

Clara Qué sabe usted entonces, dígalo.

Marqués Que Albornoz y tú...

Clara (Rápido.) Le juro a usted que no hay nada entre los dos.

Marqués Hoy quizá no, pero mañana...

Clara No juzgue usted de apariencias.

Marqués (Con energía.) ¡No, Clara, no, mis ojos no se han engañado! ¡Estás en una pendiente fatal; evita rodar por ella! Tienes dos caminos a elegir: reunirte con tu marido o volver a mi casa. ¿Cuál de los dos prefieres seguir? (Clara calla.) Responde.

Clara (Decidida.) Volveré con usted. (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Saloncito en casa del Marqués, en Madrid. Habitación de soltero muy elegante y confortable. Puerta a derecha e izquierda. Un mirador en el foro. Son las seis de la tarde.

ESCENA PRIMERA

GLORIA, un CRIADO y en seguída CLARA

(Entra Gloria precedida de un Criado.)

Criado Avisaré a la señora.

Clara (Entrando.) Querida mía, ¿qué tal? He oído tu voz... (Se besan. Vase el Criado.)

Gloria He pasado la tarde de modistas; al regresar a casa he encontrado tu tarjeta y aquí me tienes.

Clara Si vienes a buscarme, todavía no estoy vestida para salir. Tendrás que aguardarte...

Gloria No venía a eso. Tu determinación me ha sorprendido y desearía que me explicaras... Decías en tu tarjeta que ibas a comer conmigo esta noche.

Clara Sí.

Gloria ¿Ocurre algo grave?

Clara No.

Gloria Entonces... Yo encantada de comer contigo, pero explícame...

Clara Muy sencillo. Mi tío tiene invitados esta noche y se ha empeñado en que coma con

ellos. Yo me niego a complacerle y como no podía marcharme a un restaurant...

Gloria ¿Tienes algún motivo para negarte?...

Clara Un motivo poderoso.

Gloria ¿Acaso tu marido?...

Clara Sí; mi marido y sus tíos. Como supondrás intenta nuevamente una reconciliación que sigo considerando absurda, después de la vida que Gonzalo ha llevado y sigue llevando.

Gloria Creo que haces mal en marcharte.

Clara ¡Cómo! ¿También tú?

Gloria Sí. Lo que intenta tu tío es muy lógico. Hace tres meses que regresamos de San Sebastián y a pesar de su insistencia, no he querido volver a hablarte de ese asunto. Hoy eres tú quién me habla y aprovecho la oportunidad para hacerte una pregunta.

Clara Di.

Gloria ¿Odias a tu marido?

Clara ¿Odiarle? Me es indiferente.

Gloria ¿Le quieres... algo?

Clara No.

Gloria ¿Pero le querías?

Clara Mucho.

Gloria ¡Es incomprensible! Sin embargo, estoy persuadida de que si le vieras, si le hablaras, si le oyeras al menos, vendría la reconciliación.

Clara Me consta que sigue engañándome..

Gloria Rompió con aquella mujer para siempre.

Clara ¿Con aquella? ¡Me engaña con otra; el nombre qué más da!

Gloria No podías esperar que fuera fiel a tu recuerdo y que esperase tranquilamente que cansada de esa separación, volvieras a su lado. Créeme, Gonzalo te quiere, y si después de oirle, puedes llegar a un acuerdo con él y sabes conquistarle, será en lo futuro un esposo modelo.

Clara ¡Qué poco conoces a los hombres!

Gloria Exígele garantías...

Clara ¿Quieres mayor garantía que una promesa constante de amor y fidelidad? Dos días antes de descubrir que tenía una amante, me había jurado fidelidad eterna. ¡Qué caso he de hacer de sus promesas!

Gloria No cuentes con el arrepentimiento antes de cometer una falta, ahora es distinto...

Clara No cometiéndola se ahorraba el trabajo de arrepentirse.

Gloria ¡Si las cosas pudieran hacerse dos veces!

Clara No me hubiera casado con él.

Gloria Te hubieras casado con otro peor quizá. Vamos, Clara, la situación en que te has colocado es absurda, absurda e insostenible. ¿Vas a seguir viviendo con tu tío? No olvides que Gonzalo puede exigir que vuelvas a su lado, que tienes peligros constantes que te amenazan. Acuérdate de lo ocurrido con Albornoz, estuviste imprudente con él y si en lugar de enterarse tu tío se entera tu marido o algún amigo cariñoso que nunca faltan, hubieras tenido un disgusto muy serio.

Clara Albornoz fué muy discreto y te aseguro que me quería de verdad.

Gloria No lo discuto, pero debes darle gracias al cielo que se lo llevó a tiempo.

Clara (Apenada) ¡Es un recuerdo que conservaré siempre!

Gloria ¡No seas cursi, que ese romanticismo está mandado recoger!

Clara ¡Hace más de tres meses que se marchó y nada he sabido de él!

Gloria ¡No fíes en los hombres! Todos quieren a una mujer con pasión, con locura, no existe otro amor igual en el mundo, pero en cuanto se enamoran de otra, solo existe ese segundo amor.

Clara Supongo que no hablarás por experiencia.

Gloria Mía no, pero da lo mismo.

ESCENA II

DICHAS y EL MARQUÉS

Marqués (Entrando.) ¡Oh, mi bellísima amiga! ¡Cuántos días sin verla! ¡Si hubiera sabido que estaba usted aquí!...

Gloria He llegado hace un momento.

Clara Trataba de convencerme de que debo comer

con ustedes, pero la he dicho que es inútil; mi resolución está tomada.

Marqués Pues yo te prometo que si esta noche no comes con nosotros, renuncio a intervenir más en el asunto y allá te las compongas. (A Gloria.) ¿Quiere usted acompañarnos?

Gloria Muy amable, pero me aguardan en casa.

Marqués Con mandar aviso...

Gloria Muchas gracias, pero...

Marqués Fuera lástima que no presenciara usted la escena de reconciliación.

Clara ¡Qué empeño, sabiendo que es inútil! Una reconciliación para ocho días no vale la pena.

ESCENA III

DICHOS y UN CRIADO

Entra el Criado y presenta una tarjeta a Clara

Criado Ese caballero pregunta por la señora.

Clara (Tomando la tarjeta.) ¿Por mí? No le conozco. ¿Está usted seguro de que pregunta por mí?

Criado Así dijo.

Clara Ignoro quién pueda ser. Si usted me lo permite, tío, le recibiré aquí.

Marqués Puedes recibirle donde gustes.

Clara (Al Criado.) Mándale pasar. (Vase el Criado.) Veremos qué es lo que quiere ese caballero.

Marqués Alguna conquista; en tu situación no fuera extraño.

Clara Por eso prefiero recibirle aquí.

ESCENA IV

DICHOS, EL CRIADO y DON FAUSTINO PACHECO

Entra Pacheco precedido del Criado, que se retira

Marqués Pase usted, pase usted.

Clara Pase usted.

Faus. Muchas gracias. Servidor de ustedes. Indudablemente les sorprenderá mi visita.

Clara En efecto, no tenía el gusto de conocerle...

Faus. Vengo de América con el encargo de visitar a la señora de Herrera.

Clara ¿Una visita para mí de América? Si a nadie conozco allí...

Faus. Quizá no lo recuerda usted. He estado en su casa y me han dado estas señas.

Marqués Siéntese...

Clara (Presentando.) Mi tío; la señora viuda de Peñafiel.

Faus. Caballero... señora...

Clara Haga el favor de sentarse.

Faus. Muchísimas gracias; sentiría molestar.

Clara Nada de eso.

Gloria Yo dejo a ustedes.

Clara No te marches.

Marqués No se vaya usted.

(Se sienta Gloria y se sientan los demás, reservándose el Marqués el sitio desde donde puede observar a Clara.)

Faus. Pues el señor de Albornoz es quién me ha encargado...

Clara (Interrumpiendo.) Qué rareza; si ese señor y yo apenas nos conocemos...

Marqués Mujer, deja al señor de Pacheco que explique...

Faus. La verdad, no pregunté detalle alguno, me encargaron esta visita y la cumplo gustosísimo.

Clara Y gustosa la recibo, pero...

Faus. Si ustedes me lo permiten, voy a referir en pocas palabras mi relación con ese caballero. Pues hará unos tres meses, embarqué para América en compañía de mis hermanos y mi sobrina. Mi hermano y yo somos españoles, pero desde hace algunos años tenemos establecida en Buenos Aires una importante casa de comercio y por asuntos de negocio solemos venir a España con bastante frecuencia.

Clara (Nerviosa.) ¿Pero todo eso no guarda relación con...?

Marqués Mujer, ten paciencia.

Faus. Durante la travesía nos llamó la atención un joven sumamente distinguido y simpático, que no dirigía a nadie la palabra y pasaba

las horas solo y triste, como si alguna desgracia o alguna contrariedad muy grande pesara sobre él. A los pocos días nos hicimos amigos íntimos. Entonces nos refirió que no podía borrar de su imaginación el recuerdo de una mujer ideal. El señor de Albornoz y mi sobrina simpatizaron tanto durante el viaje, que ofreció visitarnos en nuestra casa de Buenos Aires. Total: que curado de aquellos amores, mejor dicho de aquella locura, pidió su mano y dentro de un par de meses se verificará la boda a la cual pienso asistir.

(El Marqués observa a Clara que procura ocultar su emoción.)

Clara Sigo sin comprender...

Faus. Mi futuro sobrino, que así puedo llamar al señor de Albornoz, encargóme al emprender este viaje, que entregara a usted personalmente esta cajita. (Saca del bolsillo una cajita envuelta en papel de seda atada con una cinta y lacrada.)

Clara ¿Para mí? ¿Y qué es eso?

Faus. (Entregándosela.) Señora, no lo sé. No hago otra cosa que cumplir un encargo.

Marqués Enrique es también amigo mío y me sorprende que no me haya escrito: me lo prometió.

Faus. No le extrañe a usted, a los enamorados solo les queda tiempo de pensar en su amor. Está enamoradísimo, y ya ven ustedes que la boda se verifica con relativa precipitación.

Clara No comprendo esos amores tan repentinos. Si como usted ha dicho estaba locamente enamorado de otra mujer... ¡Pronto ha cambiado de opinión!

Faus. Según nos refirió nada grave hubo entre los dos. Fué aquello una fantasía, una locura, una de esas tonterías que se cometen en la juventud por no meditar las cosas. En fin, todo se ha olvidado; se quieren mucho y se casarán.

Marqués ¿De modo que piensa usted regresar pronto a América?

Faus. En cuanto termine mis asuntos. (Levantándose.) Y no quiero cansar más. Si algo les ocurre

para allá, no tienen más que mandar. En el Hotel de París...

Clara Muchas gracias.

Marqués Su visita nos ha sido sumamente agradable y de veras la agradecemos, ¿verdad, Clara, verdad que la agradeces?

Clara Muchísimo.

Faus. Son ustedes muy amables. (A Clara.) Señora... (A Gloria.) Señora... (Al Marqués.) He tenido una verdadera satisfacción... En Buenos Aires, Avenida de Mayo 110...

Marqués Aquí tiene usted su casa.

Faus. Gracias, muchas gracias. (Saluda. El Marqués toca el timbre y le acompaña. Clara y Gloria quedan sin saber qué decir. De pronto Clara rompe el envoltorio de la caja, la abre furiosa, sacando la sortija que dió a Albornoz en el acto anterior. Contrariedad, ira, vergüenza y humillaciones, que hasta ahora ha contenido, estallan, dejandose caer en un sillón y rompiendo a llorar en silencio. Gloria no se atreve a hablar. Aparece nuevamente el Marqués.)

ESCENA V

CLARA, GLORIA y EL MARQUÉS

Marqués ¿Qué es esto? Clara ..

Gloria Déjela que llore, déjela que desahogue su pecho. ¡Vino el desencanto tan bruscamente!

Marqués ¡Ya ve usted cómo el tiempo todo lo borra! (A Clara.) Tranquilízate, que no valía la pena de sufrir lo que has sufrido, ni de hacer lo que has hecho. Ha sido una lección que debes aprovechar. Y dime tú ahora, ¿qué es es eso que te manda Albornoz?

Clara ¡Déjeme usted, tío, por favor; déjeme usted!

Marqués ¿No tengo derecho a saberlo?

Clara No. (Se levanta rápidamente y vase al interior.)

ESCENA VI

GLORIA y EL MARQUÉS

Marqués ¡Algún recuerdo que conservaba él de pasadas locuras! ¡Ve usted qué pronto vino el desencanto! Tuvo la suerte de encontrarse con un caballero, olvidadizo como todos, pero caballero al fin.

Gloria Jamás tuve confianza, como la tengo ahora, de que hará las paces con Gonzalo.

Marqués Sí, y conviene que sea pronto. Quédese usted a comer con nosotros.

Gloria ¿Pero no vienen el Barón y la Baronesa? ¿Tanta compañía necesita usted?

Marqués Ojalá esta que solicito la tuviera todos los días.

Gloria (Riendo.) ¡Cómo se aburriría usted!

Marqués (Con intención.) Me parece que no. ¡Sabe usted lo que es vivir solo!

Gloria ¡No he de saberlo! ¿Cómo vivo yo? Usted tiene a Clara.

Marqués Trabajo para que vuelva con su marido.

Gloria Pues si se decide usted a buscar compañía, pronto ha de encontrarla.

Marqués La que a mi edad se encuentra no suele agradar.

Gloria No es usted tan viejo.

Marqués En efecto, no lo soy. Mis cincuenta no me pesan. Mi corazón y mi naturaleza son muy jóvenes todavía; sin embargo, a la edad en que debí elegir esposa, no lo hice, y hoy bien quisiera hacerlo, pero temo...

Gloria Porque no se ha propuesto usted elegir.

Marqués En mi imaginación lo hice hace tiempo pero se lo digo a usted, temo...

Gloria El hombre no debe temer nunca.

Marqués En amor es en lo único que soy cobarde.

Gloria No lo ha demostrado. Se dice que ha tenido usted muchos amores.

Marqués ¡Amores! No lo crea usted. Cuando deseando casarme no los he llevado a la Iglesia, es que el verdadero amor no existía, créalo us-

ted. ¿Y si ahora, algo tarde quizá, quisiera hacerlo... qué me aconsejaría usted?

Gloria ¿Para qué necesita usted mi consejo?

Marqués Porque... porque es el único que puedo pedir, porque es el único que me interesa.

Gloria Si tiene usted a quien amar y ama usted...

Marqués Amo realmente.

Gloria ¿Y ella le quiere a usted mucho...?

Marqués Eso... solo usted puede contestarlo.

Gloria ¿Sabe usted lo que dice?

Marqués Lo que digo sí, lo sé, solo me falta saber lo que usted contesta.

Gloria (Eludiendo contestar.) Que me voy a ver a la pobre Clara y a consolarla. (Se levanta.)

Marqués ¿Sin responderme? ¡No sea usted cruel!

Gloria ¿Con el ejemplo de sus sobrinas todavía tiene usted humor para pensar en eso?

Marqués No todas las mujeres son iguales, ni lo son todos los hombres. ¡Deme usted una esperanza!

Gloria Lo pensaré. Es asunto demasiado serio para responder así... de repente. Voy a ver si convenzo a Clara.

Marqués ¡Ojalá lo logre usted. (Vase al interior. El Marqués la ve salir y la contempla. Por la puerta opuesta entra Gonzalo.)

ESCENA VII

MARQUÉS y GONZALO

Marqués Hola, Gonzalo; no te esperaba tan temprano, pero celebro que hayas venido.

Gonz. Vengo decidido a hablar con Clara antes de la comida. De nuestra conversación de hoy saldrá la paz o la guerra, no lo sé, pero estoy resuelto a que las cosas no sigan como hasta aquí.

Marqués Muy decidido vienes.

Gonz. Sí. Estuvo ayer en casa un caballero que traía una visita para ella de Buenos Aires. Mi criado le dió estas señas. Antes mi mujer a nadie conocía allí. ¿Qué es eso?

Marqués ¿Celoso también?

Gonz. Hasta ahora la he considerado incapaz de

faltar a sus deberes, a pesar de sus promesas y de la libertad de que ha gozado; pero esa situación o ha de romperse para siempre, en cuyo caso he resuelto salir de España, o ha de terminar hoy. ¿Persiste en su actitud?

Marqués No lo sé. Gloria está con ella tratando de convencerla, y confío que ha de lograrlo. Quiero que tengáis una entrevista que tú deseas también, pero en la que debes ponerde tu parte cuanto puedas para convencerla y darla todas las seguridades de una buena conducta para el porvenir.

Gonz. Ya sabe usted que a ello estoy dispuesto. (Timbre.)

Marqués La rogaré que venga...

Gonz. ¿Sin advertirla antes que estoy aquí?

Marqués ¿Para qué? (Entra el Criado.) Dí a la señora que haga el favor de venir. No añadas ni una palabra de tu cuenta. (Vase el Criado.) Ahora nada de escenas ridículas de celos. Valor, ductilidad... y sobre todo, talento.

Gonz. Le aseguro a usted que si no vuelve a mi lado, será porque definitivamente ha dejado de amarme.

Marqués Tengo motivos para suponer que no es así.

Gonz. Entonces volverá.

Marqués Es lo probable.

ESCENA VIII

DICHOS, GLORIA y CLARA

Entran las dos, y Clara al llegar a la puerta se detiene ante la presencia de su marido, sin saber qué resolución tomar

Marqués Clara, mira quién está aquí. No he querido anunciártelo. (El Marqués se dirige a Clara, la toma del brazo y la trae al proscenio. Gloria y Gonzalo se saludan.) Tu marido solicita una entrevista a la que ni puedes ni debes negarte. Procura dominar tus nervios y hacer las paces, que ya ves lo que ocurre en los matrimonios que no viven unidos.

Gloria Yo les dejo, porque el Marqués se ha empeñado en que coma con ustedes esta noche y

en mi casa me aguardarían. En un momento estoy de vuelta.

Marqués Tengo verdadero interés en que nos acompañe y será mayor si al final de la comida puedo anunciar lo que usted sabe.

Gloria Entonces... hasta luego. (A Clara.) Medita lo que hagas y no seas niña. Tu porvenir y el suyo dependen de esta entrevista. Hasta muy pronto. Adiós, Gonzalo.

Gonz. Adiós, Gloria.

Marqués Acompaño a usted.

(Vase Gloria con el Marqués.)

ESCENA IX

CLARA y GONZALO

Gonz. (Tras una pausa.) Acabo de solicitar esta entrevista antes de la comida, porque la juzgo necesaria, indispensable Te ruego que me oigas y medites tus palabras. Un caballero que traía de América una visita para ti, despertó sospechas injustificadas quizá, y vengo decidido a pedir explicaciones de tu conducta.

Clara (Rápido.) No tienes derecho a pedirlas.

Gonz. (Rápido también) Tú me las pediste de la mía y me abandonaste sin oirlas y sin atenderlas. ¿Es cierto? La verdad.

Clara Sí.

Gonz. Cometí una ligereza, pero sigo sin explicarme por qué me juzgaste tan severamente, tan violentamente, me atreveré a decir... tan injustamente.

Clara Injustamente no.

Gonz. No discutamos la palabra. No quise entonces retenerte a mi lado a la fuerza, ni sospeché el alcance de tu determinación. Luego... el orgullo, nada más que el orgullo, impidió a los dos las naturales explicaciones, pero esta situación que ha durado medio año, ¡sueño me parece!, debe concluir, y te aseguro que tendré ahora cariño para atraerte a mí nuevamente si lo mereces, o energía para alejarme de ti para siempre.

Clara Si has solicitado esta entrevista para obligarme a sufrir un interrogatorio o para acusarme, pierdes el tiempo, Gonzalo.

Gonz. Te he rogado antes que me oyeras y meditaras bien tus palabras. Renuevo mi petición. No olvides que este es un momento solemne. Si te molesta que pregunte, evítalo hablando tú. Un marido tiene siempre el derecho de pedir a su mujer, porque a pesar de todo sigues siendo mi mujer, explicaciones de su conducta.

Clara No hablemos de derechos y deberes que quizá no llegaríamos a entendernos. En la mía, desde que nos separamos, ha habido errores, lo confieso, pero ninguno ha podido en absoluto manchar tu buen nombre ni el mío. No necesitas saber más.

Gonz. ¿Puedes jurarlo?

Clara ¿Para qué? Cuando te pedí que juraras que no volverías a engañarme no lo hiciste. No tienes motivos para dudar de mi palabra: jamás te engañé.

Gonz. No es que dude, es que te quiero como entonces, cuando eras mía, y te quiero honrada como entonces también.

Clara No juzgues mi proceder por el tuyo. Prometí vengarme empleando tus procedimientos, pero no me he sentido con fuerzas para llegar a realizarlo. Conozco a los hombres lo bastante para considerar que todos sois iguales.

Gonz. Te engañas.

Clara Tu vida, durante el tiempo que hemos vivido lejos uno de otro...

Gonz. ¡He sufrido mucho, Clara, mucho más de lo que puedas imaginar! Cuando trataba de olvidarte, de pensar en otras mujeres, que sin amor me abrían los brazos, vivía contigo lejos de ti. Y sufría, sufría al verme solo, sin cariño verdadero; como sufría al considerar que tú podías vivir tranquila y ser feliz lejos de mí, puesto que no deseabas, que no sentías la necesidad de volver a mi lado. Ahora quiero olvidarlo todo por un momento y te amo como antes. ¿Puedes decir tú lo mismo? (Pausa breve.) Responde. (Pausa.)

Clara Sí. Si te abandoné, fué porque te amaba demasiado. ¡Era tan grande mi amor, era tanta mi felicidad, que por vivir dichosa contigo, lo hubiera sacrificado todo, absolutamente todo! ¡Eran tantas tus promesas, que al verlas caídas en un momento, fué el desencanto tan grande, fué el choque tan terrible, que te lo aseguro, me pareció que me arrancaban bruscamente del mundo de felicidad en que vivía, para llevarme a un infierno de dolores y de torturas! ¡Era el choque de lo imprevisto, de lo inesperado! ¡En aquellos momentos no hubiera habido fuerza capaz de detenerme!

Gonz. Ni la hubo después, y esto es lo que no acierto a explicarme. ¿Cómo no te arrepentiste, por qué no volviste a mi lado? ¡Era tan natural, tan legítimo el perdón!

Clara Si es que tú no te imaginas el cambio brusco que se operó en mí. ¡Ilusiones, recuerdos, sueño de felicidad, de dicha, arrebatados en un instante! Era preciso que un cambio brusco, algo inesperado también, me llevara hacia ti, y el orgullo, como tú has dicho, lo impedía.

Gonz. ¿Y qué cambio ha sido ese... qué resolución?...

Clara No quieras saber más, Gonzalo. Honrada me separé y honrada vuelvo, te lo he dicho.

Gonz. ¡Entonces es que no me has querido lo que dices!

Clara ¡No tienes derecho a dudarlo! ¡Son demasiados los peligros que rodean a una mujer para que piense en separarme de ti nuevamente, y si otra vez vuelves a engañarme, sufriré en silencio, pero sufriré mucho, y si es cierto que me quieres de verdad, no querrás que sufra! Comprendo que a vosotros os es difícil guardar fidelidad constante; no sois como nosotras, pero comprende tú también, que no podemos amar lo mismo a quien nos da todo su amor, que al que reparte entre muchas su cariño.

Gonz. Sí, Clara, sí, tienes razón, y celosa o no, te amo, te amo tal como fuiste, tal como eres,

y hoy, que vuelves a ser mía para siempre, te juro que con todos mis defectos y con todos mis pecados, eres la sola mujer que he amado a pesar de todo y la única que amo por encima de todo .. (Abraza a su mujer a tiempo que entra el Marqués.)

ESCENA X

DICHOS y el MARQUÉS, después RICARDO

Marqués No pregunto si habéis hecho las paces... Os felicito y lo esperaba. Cuando en un matrimonio existe el amor, como existía en el vuestro, una separación no es definitiva jamás.

Gonz. La nuestra no ha sido otra cosa que un ensayo.

Marqués Sí. Para demostrar que los matrimonios deben vivir unidos y perdonarse muchas faltas.

Clara Es que hay faltas que para alcanzar el perdón necesitan pasar por un purgatorio.

Ric. (Desde la puerta.) ¿Se puede?

Marqués Sí, hombre, sí, entra.

Ric. ¿Qué es eso? ¿Unidos?

Gonz. Ya lo ves.

Clara No lo esperabas, ¿verdad?

Ric. No.

Marqués ¿Pero qué ocurre que traes esa cara?

Ric. ¡Ocurre... ocurren cosas muy serias y muy desagradables! Y antes de que llegue mi mujer y les cuente los embustes que estará inventando, quiero que de mis labios oigan la verdad. Ocurre... bueno, ya presumirán ustedes lo que ocurre. Lo que no podía menos de ocurrir con el carácter insoportable de mi queridísima esposa: que no puedo seguir viviendo con ella.

Marqués Cálmate, hombre, cálmate; que eso ha ocurrido ya varias veces y luego habéis hecho las paces.

Ric. ¡Ah, sí, pero esta vez la separación es definitiva! (Gonzalo y Clara se ríen.) No se rían ustedes, definitiva.

Clara Pero vamos a ver, ¿tan grave es lo que pasa?

Ric. ¿Que si es grave? ¡Mortal, créalo usted, mortal!

Marqués ¿Y eso que traes ahí, en la cara, es también asunto... doméstico?

Ric. No, señor; jamás la hubiera tolerado...

Marqués Ni lo toleraría nadie sabiendo que iba a ocurrir.

Ric. El zapatero...

Marqués ¿Cómo, también te has peleado con el zapatero? Pero, chico...

Ric. Fué... incidental. ¡Es tan bruto! Figúrense ustedes que Rosario llegó a ponerme esta mañana tan nervioso, pero tan nervioso, que cuando fuí a quejarme de que me apretaban los zapatos de un modo horrible, se empeñó él en que no me apretaban, y yo que sí, y él que no, disputamos acaloradamente, y acabé por soltar un terno y decirle, en forma algo brusca, que se los pusiera a su abuela. Se conoce que no le cayó bien la frasecita y me colocó uno mío aquí, en la mejilla, y otro suyo... detrás.

Marqués Pues, hijo, si aprieta un poco más te deja tuerto.

Clara ¿Y por qué fué el disgusto?

Ric. ¿El de esta mañana? Pues por lo mismo que el de ayer, y el de anteayer y el de todos los días, porque tiene un genio imposible.

Marqués ¿Bueno, y el de esta tarde, el definitivo?

Ric. Ustedes saben que yo soy algo literato, pues bien, tras no pocos esfuerzos, logré que me representaran una obra en el Coliseo. La había llevado antes a Lara, pero compromisos de la empresa, chismes, exigencias de los autores de la casa, lo de siempre, se me devolvió. La llevé al Español y el resultado fué el mismo. Por fin, Purita Rodríguez, a quien yo conocía de antiguo, la entregó muy recomendada a la empresa del Coliseo, y la estrenaron.

Marqués No fué un éxito, pero pasó.

Ric. Sí, señor, pasó. Esta tarde iba yo por la calle de Sevilla y me encuentro a Purita.

Charlamos cinco minutos, y de pronto, veo a mi mujer que pasa por mi lado rozándome la ropa, y sin detenerse me dice muy bajito: pillo, sinvergüenza, y desaparece. Al llegar a casa... calculen ustedes la escena. Una mesa por el suelo, sillas, platos, porrazos... gritos... nada, que me cegué. Acudieron las criadas, subió el portero... a ella le dió un accidente fingido, por supuesto, y yo, loco, he salido de allí para no volver más. ¡Ha sido el prólogo de un drama!

Marqués Y, claro, en vista del resultado renuncias a los demás actos. Haces bien.

Clara ¡Pero qué barbaridad!

Marqués El caso es grave, pero no dudo que llegaréis a un nuevo acuerdo.

Ric. Nada, nada, lo repito, estoy decidido a separarme.

ESCENA XI

DICHOS y un CRIADO, en seguida ROSARIO

Criado (Entrando.) La señorita Rosario acaba de llegar.

Marqués ¡Dios mío! ¡Eso nos faltaba!

Ric. Me marcho.

Gonz. No, hombre, oye.

(Clara, Gonzalo y Ricardo siguen hablando en vos baja hacia el fondo.)

Marqués (Al Criado.) ¿Dónde está?

Ros. (Entrando.) ¡Aquí me tiene usted, tío!

(Vase el Criado. Rosario, sin reparar en los demás personajes, se echa en brazos de su tío. Trae un sa quito)

Marqués ¿Pero qué ocurre, a qué vienes?

Ros. ¡Ay, tío, soy muy desgraciada!

Marqués ¡La historia de siempre!

Ros. ¡Soy muy desgraciada! Si usted me lo permite vengo a instalarme.

Marqués ¿Pero os habéis creído que esta casa es un hotel?

Ros. ¡No puedo más! ¡Ricardo es insoportable, intratable, irresistible; no es un hombre, es una fiera! ¡Y tan mosquita muerta como

parecía! ¡Me mata a disgustos, me ha amenazado, me ha pegado! ¡Pero eso se acabó, se acabó para siempre, tío!

Marqués Pero, hija, ¿tan grave es lo que ocurre?

Ros. ¿Grave? ¡Gravísimo! ¡A estas horas, el muy sinvergüenza, se habrá escapado con una comiquilla!

Marqués Te equivocas, el muy sinvergüenza, empleo tu frase, está aquí.

Ros. Entonces me voy, no quiero verle.

Marqués (Señalándole.) Es difícil.

Ros. ¡Ah, conque no te has escapado, conque has venido a esta casa a contar las cosas a tu antojo! (Por Clara y Gonzalo.) ¿Pero qué es esto? ¿Unidos otra vez?

Clara ¡Ya lo ves, unidos para siempre!

Gonz. Como debéis uniros vosotros.

Ros. ¿Unirnos? ¡Imposible! Has de saber que esa comiquilla, esa... Purita—¡Purita!—es la amante de mi marido.

Ric. ¡Mentira, mentira, eso no es cierto!

Ros. ¡No lo niegues, monstruo! (A Gonzalo.) ¡Todos, todos sois unos sinvergüenzas!

Gonz. Protesto de esa acusación.

Clara Vamos, mujer, déjate de tonterías y uniros otra vez.

Ros. ¡Nunca!

Ric. ¡Nunca!

Clara ¿No me faltó mi marido y nos hemos reconciliado al fin?

Marqués Es inútil, Clara, es enteramente inútil tratar de reconciliarles. Vosotros os queríais mucho y ellos no se han querido jamás. Si vuelven a hacer las paces, será por muy poco tiempo. Vuestro matrimonio fué de amor, el suyo... de capricho, y estos suelen salir mal. (Rosario y Ricardo protestan.) ¡Sé muy bien lo que digo!

Clara Pues yo me encargo de convencer a mi hermana. ¡Para algo ha de servir la experiencia!

Gonz. Y yo de convencer a Ricardo.

Marqués Si con maestros tan experimentados no os reconciliais definitivamente...

Clara Hay que intentarlo.

(Forman un grupo Clara y Rosario, Gonzalo y Ricardo.)

ESCENA XII

DICHOS y GLORIA

Gloria (Entrando.) ¿Reconciliados?

Marqués Reconciliados.

Gloria ¡Enhorabuena!

Marqués Y tratando ahora de reconciliar al otro matrimonio.

Gloria ¿Pero, cómo, ya han vuelto a reñir desde San Sebastián?

Marqués ¿Que si han vuelto? ¡Les sale a pelotera diaria! Por eso, y porque no se quieren, no harán las paces.

Gloria ¡Vamos, no sea usted pesimista!

Marqués Que no acierte quiere usted decir. Y ahora hablemos de nosotros. ¿Puedo anunciar nuestra boda?

Gloria ¿No teme usted que salga mal?

Marqués Si me quiere usted como yo la quiero, no.

Gloria Entonces puede usted anunciarla al descorchar el champagne.

(Siguen hablando bajo muy afectuosamente. Rosario y Ricardo, que están juntos, disputan acaloradamente.)

Ric. ¡No, no, te digo que no!

Ros. ¡Pues yo te digo que sí, que sí, y no lo toleraré ni ahora ni nunca, lo entiendes, nunca!

Clara ¡Pero, mujer, no seas tan exigente!

Ros. ¡Exigente! ¡Si le conocieras a fondo!

Ric. ¡Si te conociera a ti!

Ros. ¡Calla! ¡Calla!

Clara ¡Cede, no seas rebelde, o no no hay modo de llegar a un acuerdo!

Ros. (Pateando.) ¡Que lo he dicho ya, no me da la gana de tolerarlo y no lo toleraré!

Clara ¡Pero, mujer!...

Ric. ¡Déjala, déjala!

(Siguen discutiendo acaloradamente.)

Marqués ¡Sí, hijos míos, dejadles, no perdáis el tiempo, que esa pareja no se une jamás, jamás y jamás!

(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Alejandro P. Maristany

El Príncipe Sergio, drama en cinco actos, traducido del francés.
La confusión, comedia en cuatro actos, traducida del alemán.
Romper el hielo, comedia en un acto.
Barrer para adentro, comedia en un acto (Segunda edición.)
La juventud, comedia en tres actos, traducida del francés.
La muñeca eléctrica, juguete cómico en tres actos.
Los de Belmonte, alta comedia en cuatro actos.
Tratado de paz, boceto de comedia en un acto.
Sólo para hombres, monólogo en prosa y verso.
Los hipócritas, comedia dramática en cuatro actos, traducida del inglés. (1)
Las máscaras, comedia dramática en cuatro actos, traducida del inglés. (2)
Las murallas de Jericó, alta comedia en cuatro actos, traducida del inglés. (Segunda edición.)
La muñeca eléctrica, juguete cómico en dos actos (refundido).
Los manirrotos, juguete en un acto.
La hija, comedia en cuatro actos, traducida del francés. (3)
El triunfo de los filisteos, comedia satírica en en tres actos, traducida del inglés. (1)
Los embusteros, comedia en cuatro actos, traducida del inglés. (1)
El ángel rebelde, comedia en tres actos.
La mujer del arquitecto, comedia en tres actos, arreglada del francés. (3)

---

(1) En colaboración con D. Salvador Vilaregut.
(2) Idem con D. J. Fabré y Oliver.
(3) Idem con D. Eduardo Giraudier.

Precio: DOS pesetas